CUADERNOS historia 16

Los condotieros

Pedro García Martín



242

175 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
COORDINACION: Asunción Doménech.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del GRUPO 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.
IMPRIME: MELSA
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



El condotiero Segismundo Malatesta (atribuido a Agostinno di Duccio, Museo de Rimini)

Indice

LOS CONDOTIEROS

Por Pedro García Martín
Profesor de Historia Moderna
Universidad Autónoma de Madrid

Las formas de la guerra medieval 4
Un mundo nuevo y cambiante 12
Los señores de la guerra y las compañías. 18
La edad de oro de los «condottieri» 22
El ajedrez italiano 28
Bibliografía 31
Textos .... I-VIII

Los condotieros

Pedro García Martín
Profesor de Historia Moderna. Universidad Autónoma de Madrid

EN 1552, Pier Francesco Orsini, a la sazón duque de Bomarzo, encarga al arquitecto Pirro Ligorio el diseño de un parque en el corazón de sus estados del Lacio. En un momento en que los poderosos vuelven sus ojos hacia la naturaleza, haciéndose construir palacios ajardinados en la ciudad y villas campestres, artesanos canteros y tallistas esculpen la piedra volcánica de este bosque sagrado de la tierra etrusca. Los ogros, dragones, elefantes, cancerberos y deidades mitológicas cobran vida en esta bautizada Villa de las Maravillas.

En un rincón se alza el grupo conocido como *La lucha entre gigantes,* donde el señor de Bomarzo, descendiente de condotieros y partícipe de las escaramuzas facciosas de su tiempo, quiso que se representase la pugna entre el bien y el mal, el triunfo del héroe sobre el enemigo, la verdad de la fuerza y el poderío. El bueno de Vicino no hacía sino asumir los valores renacentistas, en los que la ambición se mezclaba con la búsqueda de la libertad, y el ideal de la virtud con la batalla de las pasiones propias que le atormentaban. Quizás por eso los siglos y la leyenda mudaron la simbología de las estatuas y la obra del Orsini deforme pasó a ser conocida como el Parque de los Monstruos. Con la misma mezcla de admiración y monstruosidad que a los italianos del Cinquecento les producía el arte de la guerra.

El triunfo del antropocentrismo, del hombre-dios que no tiene límites y que toma conciencia de sus facultades, había impregnado de esta mezcla de sentimientos el camino hacia la libertad. La inteligencia y el esfuerzo permitían al hombre no sólo obrar según la naturaleza, como lo hacían sus inferiores animales, sino también al margen de ésta y del orden establecido. El fin político justificaba los medios bélicos. Por eso, no debe parecernos incoherente el discurso que el canciller humanista Leonardo Bruni pronunciara en 1433 ante los ciudadanos reunidos en la Señoría florentina, y en el que en defensa del ideal de libertad popular sostenía que *el más excelso filósofo debe ceder su sitio al más eminente capitán.*

El motivo de los colosos en lucha será una y otra vez la metáfora guerrera del mosaico italiano que cobrará cuerpo dentro del titanismo renacentista. Si el gran fresco *Guidoriccio* (1328) de Simone Martini, considerado el primer retrato ecuestre de un caudillo mercenario, presidía los negocios políticos en la Comuna de Siena, su analogía mitológica *Hércules y Caco* (1536), grupo escultórico de Baccio Bandinellí, hacía lo propio a las puertas del Palazzo Vecchio de Florencia. Las estancias sagradas donde se recibía a los embajadores, se declaraba la guerra y se coronaba a los héroes. Las plazas ungidas donde las *contradas* vibraban y peleaban por su triunfo en la carrera del *palio,* o donde se ahorcó a los participantes en la conjura de los Pazzi y se quemó al reaccionario Savonarola, respectivamente.

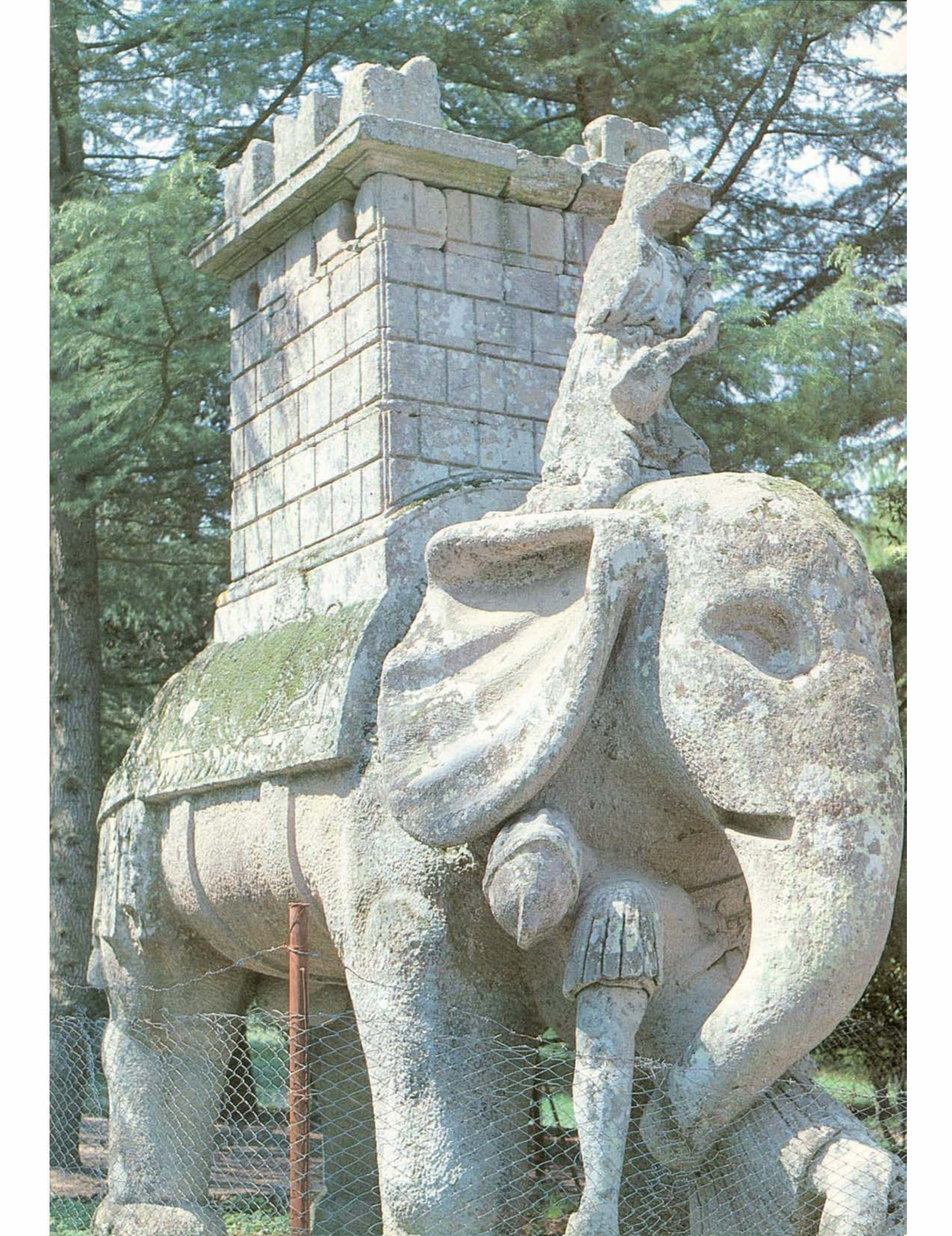
Entre el retrato realista y la escultura clásica las repúblicas urbanas del centro y norte de Italia pasaron de la época bajomedieval a la moderna, del sistema económico feudal al capitalismo comercial, del régimen político comunal al de la Señoría. En este tránsito renacentista, los condotieros fueron el brazo ejecutivo de las rivalidades y ambiciones ciudadanas. Las *condotta* los contratos mercantiles en este discurso entre el poder y la fuerza.

Las formas de la guerra medieval

En el feudalismo clásico la guerra aparece como una de las funciones definitorias del estamento nobiliario. En el terreno artístico y literario se idealiza al caballero andante, cruzado y enamoradizo. En época de paz el héroe del amor cortés recurre al sucedáneo de los torneos y la caza. Lo cantaban los trovadores. Lo sufrían los miembros del estado llano. La violencia, aun reconociendo que no es privativa de los aristócratas, seguía una clara dirección de arriba a abajo en la pirámide social.

Primero fue el desorden subsiguiente a la caída del Imperio Romano. Luego la ferocidad de las llamadas *segundas invasiones* a cargo de magiares, normandos y sarracenos. La inseguridad hizo que Europa adoptase un rostro marcadamente militar y que sancionase la división estamental en los tres órdenes de la sociedad feudal: guerreros, monjes y campesinos. Las poblaciones mutaron su naturaleza, y de habitáculos muertos pasaron a ciudades fortaleza, burgos comerciales y colonizadores del paisaje. La concepción jerárquica de la sociedad, su organización en estados y cuerpos estamentales y profesionales, descansaba en un principio estático, que no era otro que el orden establecido querido por Dios. El ideal de vida protagonizado por la caballería, perdurará más allá de la preponderancia socioeconómica de la nobleza, gracias al argumento contundente de la espada, como expresaban las actas de un sínodo episcopal del siglo x:

Grupo El elefante y el legionario, *símbolo de la guerra. Bomarzo*





A la izquierda, *Federico I Barbarroja, con indumentaria de cruzado (Biblioteca Vaticana)*. A la derecha, *Federico II, en un sello conmemorativo de la cruzada de 1228, en la que reconquistaron los Santos Lugares*

Por todas partes el poderoso oprime al débil y los hombres son semejantes a los peces del mar, que se devoran desordenadamente entre sí.

El feudalismo trajo consigo a un tiempo la aristocratización de la sociedad y de la violencia. En las crónicas y las hagiografías aparecen entre los miedos más corrientes las batallas celestes de caballeros armados sobrenaturales. Son las angustias coyunturales definidas por Jean Delumeau y los temores y leyendas que, según Vito Fumagalli, daba rienda suelta el hombre medieval cuando el cielo se oscurecía. Y es que la Iglesia condenaba los hechos de sangre desde una perspectiva moral, salvo en tres supuestos: la defensa de la fe verdadera, la protección de los débiles y el mantenimiento del orden político. Esto confería a la casta militar una especie de licencia para matar al ser los defensores del reino mediante la espada, o lo que es lo mismo, la herencia de la sangre, el valor militar y el deber del adiestramiento bélico concedieron al estado noble el monopolio de la fuerza.

Estos planteamientos carismáticos de preeminencia social confirieron un carácter caballeresco a los ejércitos feudales. De tal manera que podemos hablar de las formas de la guerra medieval como de un universo bélico claramente diferenciado del antiguo y del moderno. En ella intervenían la infantería y la caballería con una acusada diferencia en el peso de las operaciones.

Ciñéndonos al campo de operaciones italiano, la infantería de los señores feudales se componía de dos tipos de unidades: una no combatiente, integrada por *pedites* de naturaleza servil, que se encargaban de actividades propias de lo que hoy llamaríamos intendencia —como levantar y desmontar el campamento, cocinar y lavar, cuidar de las bestias, etc.—, y que sólo entraba en acción cuando se les obligaba a satisfacer esa prestación señorial en forma de corvea gratuita; y otra combatiente, formada por mercenarios y por vasallos libres a los que se había concedido la facultad de portar armas.

Por contra, la caballería era por definición noble, y se basaba en la relación jurídica del homenaje. A cambio de ayudarle en los asuntos de la guerra, el señor principal concedía a los nobles de su séquito un feudo en concepto de beneficio, un estipendio o pensión por servicios bélicos y la hospitalidad en sus estados. Con este procedimiento se facilitaba al caballero o *miles* los medios para financiarse el caballo, la coraza y la lanza con los que afrontar el combate de choque, que requería no sólo este equipamiento costoso sino también sostener un largo período de adiestramiento.

Esta estructura de las mesnadas feudales, que en muchas ocasiones compartieron las fuerzas imperiales y papales, desmarcaba radicalmente a la caballería señorial de la infantería servil, mientras que en los incipientes ejércitos de las ciudades-república las diferencias no eran tan tajantes. De ahí que la masa de infantes, empujada a una lucha que no era la suya, mostrase indiferencia por el éxito de la batalla, y que el estratega noble no recurriese mucho a ella ni a los arqueros, a los que había afamado de escaso coraje. Lo único que espoleaba al vasallo coaccionado era la defensa de la propia vida en la muerte del enemigo, la deserción o el sálvese quien pueda.

A una soldadesca servil le correspondía una jefatura militar de raigambre feudal. Sin llegar al extremo de los votos del cruzado o del monje guerrero de las Ordenes Militares —pobreza, obediencia, ayuno, castidad y perfección moral—, el *bellator*



asumía buena parte de los valores del ideal caballeresco y utilizaba las expediciones como reclamo político y las cubría de una pátina de empresas religiosas. De resultas, el caballero feudal pasaba a ser un artesano de la guerra, que dirige la acción personalmente, raya en el heroísmo y se juega la vida y se apoya en sus oficiales y aprendices —escuderos, palafreneros, pajes— para el acabado de la obra bélica. Esta concepción corporativa hacía que la jerarquía militar se concentrara en la cúspide de la pirámide, en los grandes principales y nobles vasallos, por lo que P. Pieri ha definido al feudal como un ejército de oficiales, al carecer de mandos intermedios. La autoridad del comandante supremo acababa en su séquito personal sin llegar a la masa reclutada de las mesnadas.

La organización militar difería bastante en los ejércitos municipales del centro y norte de Italia. Las agresiones a ciudades vecinas, que tomaban la forma del sitio y en pocas oportunidades la de batalla abierta, alumbraron milicias mixtas formadas por fuerzas mercenarias y tropas cívicas. La casuística fue multiplicando el recurso a extranjeros para servir en el ejército comunal mediante una soldada: en el año 1124 Fiésole hace este tipo de recluta para defenderse de Florencia, en 1226 Rímini contrata a unidades ecuestres reclutadas por los condes de Montefeltro, en 1224 Génova hace lo propio con fuerzas feudales de los marqueses Malaspini y los condes de Saboya, Lavagna y Ventimiglia, etc. Es el momento del nacimiento de la *condotta*, o contrato con caudillos militares, pero

aún faltaba tiempo para la generalización del sistema.

Entretanto, la estructura de las milicias comunales contemplaba una relación más equilibrada entre caballería e infantería. Las tropas ecuestres de las ciudades aglutinaban a dos elementos: nobles residentes en la urbe y vasallos del condado o campos circundantes. Los primeros eran propietarios fundiarios, lo que no quita para que también se dedicaran al comercio y a la banca usuaria, con lo que se diferenciaban de la caballería clásica tan celosa en mantener indisoluble condición social y hecho militar. En este caso ocurría todo lo contrario. No se impedía acceder a la condición de caballero a cualquier advenedizo que, enriquecido por mil y un procedimientos, pudiese pagarse el caballo y las armas. Con esta menor motivación ideológica, el rendimiento bélico de la caballería comunal de choque era inferior al de la feudal, pero también es cierto que con estos planteamientos se acortaban las diferencias sociales con la infantería y se creaba una cierta obligación unilateral hacia la comunidad.

En cuanto a los *pedites* comunales, reunían en sus cuadros a campesinos libres, plebeyos y algunos mercenarios, resultando más eficaces que sus homónimos de los ejércitos feudales. En ello convergían razones de mentalidad y sentimiento, derivadas de su mayor libertad social, y de orden técnico, ya que su armamento y adiestramiento eran mejores y más continuos. De ahí que los estrategas castrenses dieran a esta infantería una gran importancia táctica, formando con ellas unidades de piqueros dispuestos en torno al estandarte principal, que frenaban a la caballería de choque enemiga —como en varias batallas le sucediese a los jinetes imperiales— y pasaban a una fase subsiguiente de contraofensiva.

El comandante de estas milicias ciudadanas, también en contraste con el caudillo feudal, recibía la autoridad de mando no por su condición social, sino por delegación de poderes. A ello se había llegado de resultas de una evolución política paralela. Así, en el siglo XII, el conde de Biandrate y el marqués de Malaspina, repetidas veces se pusieron al frente de mesnadas como titulares de feudos del condado, mientras que al tiempo dirigían milicias ciudadanas, cuya soberanía residía en la comuna misma. Esta disponía de comisarios privativos encargados de la planificación estratégica, y, con el fin de evitar las envidias entre facciones ciudadanas, podían contratar eventualmente a un señor forastero, a sueldo del Ayuntamiento, que pondría sus mesnadas y su dirección ejecutiva en el campo de batalla.

La victoria comunal sobre los ejércitos imperiales se va a deber, pues, a factores circunstanciales, como la superioridad económica del norte, la habilidad de la diplomacia de la Iglesia, el mejor conocimiento del terreno, etc., pero sobre todo, a una menor distancia entre los componentes de las fuerzas comunales y a una mayor eficiencia bélica de sus infantes. En el balance de las bajas por lucha directa o por sufrimiento de abusos y exacciones de toda calaña a cargo de las más variopintas soldadescas sobresalían las masas campesinas. No en balde iba de boca en boca de los poderosos un refrán que decía: *El campesino es como un nogal, cuanto más le golpeas, más nueces da.* Y como en el vareo caían las ramas secas e inútiles, el jefe guerrero no sentía las pérdidas de acuerdo a la sensibilidad humanista, sino con arreglo al macabro juego del número de peones.


Combate entre Conrado V y Carlos de Anjou, enfrentados por la posesión de Sicilia

El condestable alquilado por las ciudades es el precedente más directo del condotiero. Los fracasos militares de Federico II en Parma (1247) y Fossalta (1249) fueron seguidos de un estallido general de conflictos internos en toda la Península. Es como si hubiesen permanecido agazapados mientras existía un enemigo común y ahora se desbordasen esas tensiones latentes. La milicia comunal pierde unicidad, y no entra en decadencia como han apuntado autores, a causa del enfrentamiento civil entre facciones de una misma ciudad: güelfos contra gibelinos, *popolani* contra *magnati*, etc. También en el campo se asiste a una fragmentación de las mesnadas, apareciendo muchos caballeros errantes que ocasionalmente vivían de la rapiña y el bandidaje o de sus prestaciones pagadas como mercenarios. Este nuevo estado de cosas, entre el desbarajuste social y la transición política, se dio sobre todo en las regiones centrales y septentrionales, mientras que en el Mediodía la vigencia del mayorazgo mantendrá unidas la autoridad política y la fuerza militar.

Los ejércitos mercenarios fueron organizándose a mediados del siglo XIII de forma esporádica y pronto se convirtieron en un aspecto normal de la vida italiana. En este sentido, no causó extrañeza que en la provincia papal de la Marca de Ancona se sustituyese la prestación militar obligatoria por un impuesto extra para financiar mercenarios; que Milán, en no pocas ocasiones, alquilase con urgencia cuadros de millares de jinetes; o que el hijo bastardo de Federico II, Manfredo, emplease en sus campañas a centenares de soldados alemanes, pagados con fondos de los municipios gibelinos. Entre tedescos y franceses se van creando grandes bandas que van suplantando los anteriores sistemas de recluta.

La organización de los ejércitos que operaban en tierras italianas cambia a partir de la conquista del *Regno* por Carlos de Anjou en 1266. Los anjevinos y sus aliados los güelfos imponen a las ciudades dependientes la llamada *tailla de caballería*, unidad



Caballero italiano de mediados del siglo XIV (Museo Bargello. Florencia)

compuesta mayoritariamente por caballería provenzal y francesa, y en menor grado catalana, lombarda y alemana. Las ligas urbanas pagan el mantenimiento de estas tropas profesionales y estas bandas son cada vez más cohesionadas. Tal vez pensaba en ellas y en el poder futuro de sus caudillos Dante cuando, en un pasaje del *Infierno,* nos anuncia que un día *éstos resurgirán del sepulcro con el puño cerrado.*

Entre las formas que adopta esta guerra bajomedieval hallamos una progresiva apelación a los sentimientos patrióticos, que más tarde tanto obsesionarán a Maquiavelo, así como la concreción de los mismos en emblemas y banderas. Los símbolos milicianos son el vehículo propagandístico que utilizan los profesionales de la guerra en la arenga, la persuasión por el despliegue y demostración de fuerzas, el acicate en el fragor de la batalla y la adoración totémica a los héroes vencedores. El contraste de colores sancionaba la contraposición de partidos, facciones y familias. El negro de la lucha se mezclaba con el rojo de la sangre. El azul de los triunfos y las campañas solía eclipsar al verde de la esperanza y dialéctica de los humanistas.

Los humanistas, que, envueltos en la contradicción entre su vocación libertaria y su devoción a la política local, sucumbieron en no pocos casos al discurso patriotero. Es así cómo todo un Coluccio Salutati, canciller amigo de las letras y combatiente del Estado tiránico, nos da la imagen estrecha de que sólo Florencia es el baluarte de la libertad y la patria ideal del hombre, pues *la libertad es el único valor que convierte a la vida en digna de ser vivida.* Aunque ello lleve a tratar de hacer compatible libertad y guerra, en todo un alarde equilibrista, cuando se sintetice la máxima de la política exterior florentina en *¿Qué no debíamos hacer por la libertad? En nuestra opinión, por sí sola legitima incluso la guerra.*

Pues bien, entre los distintivos militares y patrióticos fue ganando protagonismo el *carroccio,* un carro sacralizado que llevaba en su plataforma el estandarte a la batalla para representar al municipio en la lucha. En verdad, no era una innovación. En la antigüedad este tipo de estandartes servía de punto de referencia y reunión para la infantería e incluso había desempeñado una función ceremonial con los reyes merovingios. Lo novedoso fue el conjunto, la combinación de estandarte y carro con su correspondiente bandera, custodiados por un cuerpo escogido de soldados. Fuese o no Milán su cuna importa poco. Lo cierto es que el *carroccio* se generaliza en los ejércitos italianos desde el Duecento, y, al igual que ocurría con las campanas, cada ciudad le bautizaba con un nombre particular: *Blancardus* se llamaba el de Parma, *Berta* el de Cremona, etc. Arrastrado por bueyes y escoltado por una guardia especial y mixta de caballeros y peones, este carro era a la vez símbolo militar y religioso. De ahí que su pérdida en la batalla fuese una humillación y contribuyese a la desmoralización de las tropas combatientes, y que en torno a él girasen algunas de las ceremonias cívicas y eclesiásticas de la comuna, desde las paces a los juramentos.

En este sentido, tal como nos relata mi admirado Alberto Tenenti, uno de los primeros actos de los *ciompi* en la revuelta de 1378 fue hacerse con el estandarte de la república, que representaba la autoridad y el gobierno. Y, aunque a simple vista parezca un hecho más del tumulto de estos peones artesanos, con ello buscaban legitimar su movimiento en un gesto de respaldo legal y constitucional. El *estallido del carro* que todos los años se celebra en la misma Florencia, conmemorando la resurrección de Cristo el Sábado Santo, y que a las doce en punto concentra a turistas y a un cortejo de asalariados disfrazados, mezcla fe espiritual, militar y comercial como en los mejores tiempos de la república.

Pero es que la misma práctica de la guerra bajomedieval va a influir en lo que hoy llamaríamos ordenación territorial, o lo que es parecido, en la concepción y recreación del paisaje rural y del espacio urbano. Estamos pasando de lo que Fumagalli denomina las ciudades muertas subsiguientes al derrumbe del Imperio romano a las ciudades fortaleza de la Alta Edad Media, laberintos de callejuelas en castros y castillos que dominan en el sentido pleno de la palabra los campos de los alrededores, colonizan la naturaleza inculta y explotan a los vasallos dependientes. En estas villas las iglesias empezarán a ser sustituidas por las catedrales góticas y la piedra de las murallas reforzada por nuevos puestos, torreones y postillones. Estaba naciendo, entre la renovación y la resistencia, la ciudad burguesa propiamente dicha.

Mas en el paso de la urbe del mundo feudal a la del Renacimiento, urbanizada racionalmente de acuerdo con sistemas filosóficos platónicos y aristotélicos, sigue vigente una determinada arquitectura militar. En ella, el primer impacto visual lo ofrecen las torres, tal y como se le presentan aún hoy al viajero que se aproxima por la campiña a San Gimignano o que deambula por las calles tortuosas de Pavía o Bolonia.

La torre había sido importada de los castros rurales y había pasado a ser un elemento militar dentro de las construcciones domésticas de las comunas. En la suplantación de esta casa defensiva sobre la mansión vigía de la aldea intervinieron dos instituciones vinculadas a los poderosos de la sociedad burguesa: la *consorzeria* o alianza entre familias más o menos linajudas para aunar actuaciones políticas y de parentesco, y la *vendetta* o tradición para resolver las disputas privadas por vía violenta, en la que se concretaba uno de los aspectos de los pactos de ayuda mutua anteriormente mencionados.

De manera que las torres eran las residencias donde el propietario y sus sirvientes podían replegarse y defenderse en caso de ataque de un señor rival; es decir, hacían las veces del castillo feudal en el campo para el señor y sus siervos. Y viceversa, como dice la familia boloñesa de los Carbonesi, la torre era *necesaria para hacer daño a su enemigo o enemigos.* Por eso, cuando en las luchas de facciones se castigaba a una familia con

la destrucción de su torre y la de sus aliados, se le estaba aplicando una penalidad social máxima, puesto que se privaba a una parte de los magnates de sus medios físicos de defensa dentro del espacio urbano.

Ciertos autores han minimizado el papel bélico de estas torres, cargando las tintas en la teoría de que las construcciones verticales fueron el resultado de la subida del precio del suelo urbano, lo que a mi modo de ver obedece al pecado de la retrospectiva histórica, a ver el fenómeno desde una óptica especulativa y capitalista actual.

Las torres eran instrumentos militares, en los que los magnates se pertrechaban con sus parientes, clientes, seguidores y servidores, lo que no fue óbice para que en determinados casos cayesen en las redes de la moda y la ostentación. A la postre la superioridad de los poderosos apelaba al carisma y éste se hacía público por la apariencia externa.

Esta preocupación defensiva, como ha puesto de manifiesto Giorgio Muratore, va a impregnar el diseño de la ciudad renacentista. La asunción de las teorías arquitectónicas clásicas, recuperadas a través de la mítica *De Architectura* de Vitruvio, consagrada en el Quattrocento en las obras de Sangallo, Alberti o Ghiberti, culminará unas décadas más tarde en los tratados de Filarete y de Francesco di Giorgio Martini, para quien *La ciudad que fuese construida en la llanura, sea pentagonal, hexagonal u ortogonal, debería estar repartida, pienso, para atender a las defensas de las torres. Y sí debieran hacerse otras murallas, dentro o fuera, del mismo modo a como se hicieron en la Babilonia caldea, que realizó una formación de tres murallas. Las murallas tendrán que hacer que sus puertas confronten unas con otras. En el centro de la ciudad deberá estar la plaza principal, redonda, cuadrada o de cualquier otra forma. Y cada calle, en línea recta, debe desembocar en dicha plaza. (...) Y cada una de esas calles se dirigirá a su puerta respectiva.*

Un mundo nuevo y cambiante

La violencia parecía privativa del feudalismo clásico y encarnaba materialmente en la oscuridad del castillo. Los fastos coloristas y artísticos del Renacimiento, donde el palacio había pasado a ser el centro moral de la ciudad, sancionaban el ascenso de la ética burguesa. Los nuevos ricos que aparecen deleitándose en las villas del *Decamerón,* las cortes de creadores polifacéticos, filósofos humanistas y mecenas cultos, o los comerciantes viajeros que recorren ferias y países, nos hablan de un mundo nuevo y cambiante. Pero en esos tiempos modernos, de pacíficos poetas y élites palaciegas, tampoco desaparecerá la guerra ni sus profesionales, sino más bien, al contrario, adoptará nuevas formas y será elevada a la categoría de arte. Es también el momento de los personajes que Paolo Ucello retrata en sus frescos guerreros, como el del mercenario inglés Hawkwood o el fragor de su *Batalla de San Romano,* en los que la dureza de los rostros y los escorzos de los caballos se solapan al idealismo y al giro de los tiempos.

El buen estado económico respaldará los fuegos de artificio culturales. Entre los siglos XII y XIII, el centro y norte de Italia contemplan un gran crecimiento material y demográfico, que les convierten en unas de las regiones más prósperas de Occidente. En esta coyuntura de auge se verifica una simbiosis creciente entre campo y ciudad.

La imagen resultante del municipio no era la de un núcleo comercial y fabril, cuyos burgueses habían adquirido el condado feudal ante la pasividad de los nobles recién avecindados. Por contra, el ayuntamiento representaba a la vez intereses aristocráticos y comerciales, en tanto que la entidad política que ejercía su poder sobre los campos y las aldeas circundantes como el señor lo hacía en su feudo.

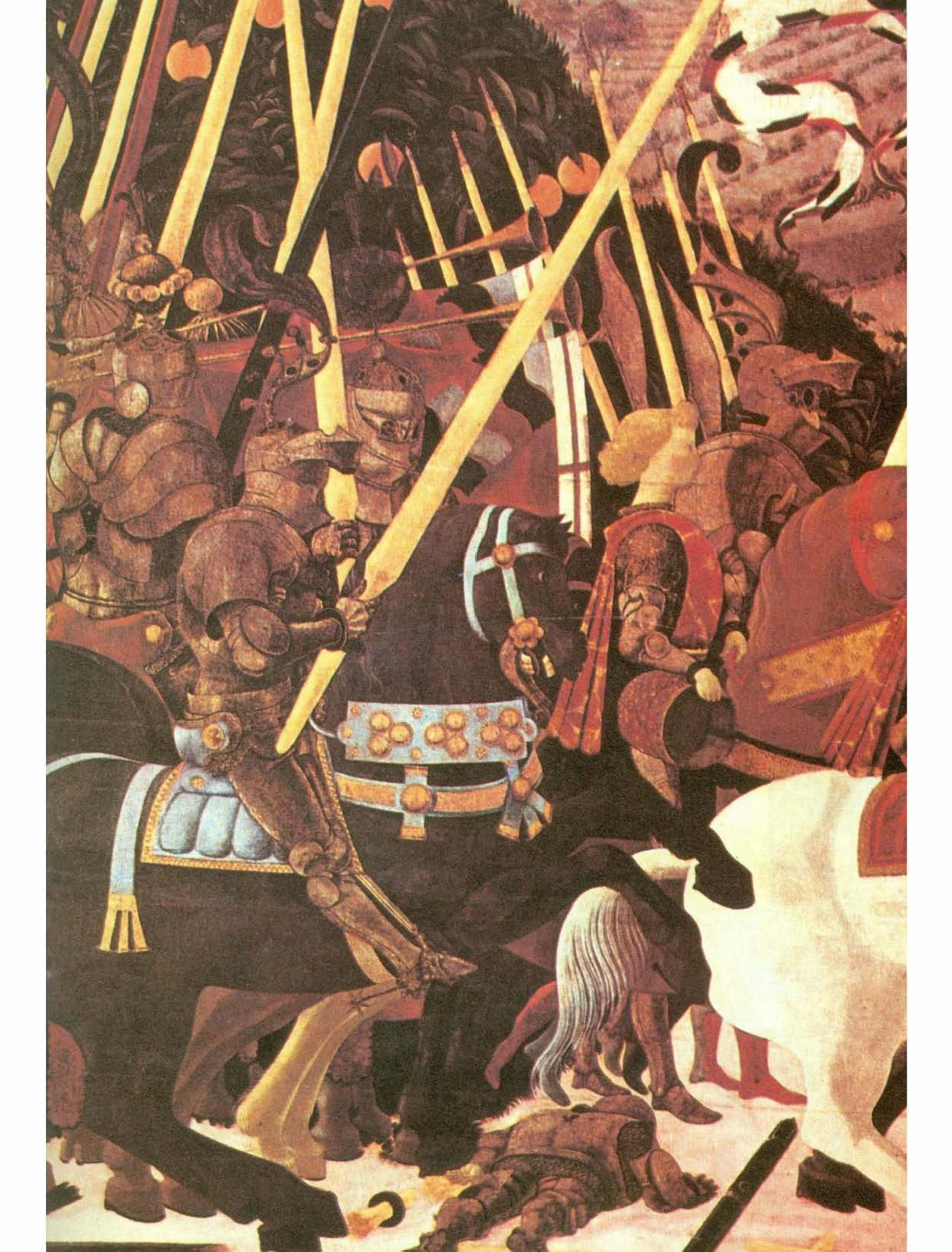
Sin embargo, el camino hacia la prosperidad de estas repúblicas italianas no fue siempre lineal. La depresión del siglo XIV se manifestó en una regresión comercial, un estancamiento de la producción manufacturera, la quiebra de los bancos de depósito, el desequilibrio entre precios e ingresos agrarios y otros tantos indicadores de la recesión económica. El azote epidémico de la peste negra, combatida con los lazaretos o con la huida de quien lo podía hacer —como los protagonistas del *Decamerón*—, diezmó la población, provocó el abandono de las tierras y alteró los ritmos de vida.

Las relaciones sociales también se modificaron. Los magnates se apoderaron de nuevas tierras, extendiendo sus diversas formas de dominio, como eran el desvío de capital hacia gastos suntuarios y bienes raíces. La crisis bajomedieval precipitó el triunfo de las fuerzas urbanas y mercantiles, así como el principio burgués de creación y acumulación de riquezas, mas ello se produjo a través de un cruce y readaptación de mentalidades: los burgueses adoptaron el estilo de vida noble y la aristocracia comenzó a dedicarse a los negocios y la política. El rango social anejo a la herencia se complementaba cada vez más con el que proporcionaba el dinero.

En líneas generales, parece clara la superación de la crisis en estas comunas septentrionales, lo que quizás se debió a su mayor capacidad de adaptación, en contraste con otras regiones europeas. Los hechos demuestran que la creciente inversión de capital en la tierra y la orientación de las manufacturas de lujo a la exportación redundaron en un lento crecimiento que acabó en franca expansión durante el Cinquecento.

En un exceso de simplificación, P. Jones ha definido las repúblicas italianas como *sociedades mixtas* de *milites,* nobles y rentistas, y *pedites,* la gran masa de comerciantes, artesanos y campesinos. La trampa de esta argumentación está en fijar

El condotiero Nicola da Tolentino, al mando de las tropas florentinas, en la batalla de San Romano (detalle de la pintura de Paolo Uccello, National Gallery, Londres)





Carroccio de Bolonia, un carro sacralizado que portaba el estandarte de la batalla y representaba a su ciudad

la jerarquía social en base a las categorías profesionales, considerando éstas como compartimentos estancos, pues la realidad es más rica, y nos presenta a un juez que al tiempo es terrateniente, a un comerciante que también ejercía de notario o a un noble que era dueño de una tienda.

En general, las clases dominantes del municipio eran los aristócratas, que combinaban la propiedad de la tierra con actividades de economía urbana; los mercaderes, que practicaban el comercio de especias y oro con Oriente Medio y Africa del Norte, y el intercambio regional de artículos, junto a la banca de depósito y cambio; las nuevas figuras jurídico-políticas, como el juez o los notarios, que conocían los mecanismos de gobierno y verificaban la legalidad de las elecciones; y los maestros artesanos, que completaban sus ingresos manufactureros con el trasvase de rentas de la tierra. En el extremo de la pirámide social se hallaba la masa de oficiales, aprendices y peones de las corporaciones, los agricultores y ganaderos dependientes del condado y los marginados errantes y desclasados.

La rivalidad entre ciudades y ciudadanos protagoniza los anales de las repúblicas urbanas. La dialéctica Imperio-Papado se traslada en sentido jerárquico y descendente desde regiones a villas y dentro de éstas a vecinos. Los grupos de presión dominantes se reparten el poder político. En el fondo subyace la dominación de clases y los estallidos sociales.

De todos estos frentes divisorios el más común es el que contrapone a magnates y pueblo por el control del poder municipal. Los poderosos aglutinaban a elementos de la vieja aristocracia de raigambre feudal, readaptada al modo de vida urbano y a la pujante burguesía de negocios, que conformaba con aquélla la oligarquía gobernante y ostentaba hábitos diferenciadores. Las alianzas las sellaban los enlaces entre familias mediante el matrimonio, las construcciones defensivas y el juramento de *consorzerie* o pactos de auxilio recíproco. La facción de los populares, cuya denominación no debe llevarnos a engaño, puesto que en ella las capas más bajas no tenían ningún peso, estaba en manos de los maestros artesanos más ricos y de los miembros más destacados de las profesiones liberales.

Ambos partidos pugnaban por hacerse con el poder municipal, por lo que discrepancias en torno a la distribución fiscal o las elecciones de funcionarios solían dirimirse a través de conspiraciones —recordemos la afamada conjura de los Pazzi tantas veces novelada— y de pequeñas guerras civiles. En esa tesitura entraba en juego la *condotta* con compañías de ventura para doblegar las voluntades del grupo adversario.

No todos los regímenes comunales son uniformes en este punto, pues mientras hay algunos donde las luchas intestinas entre familias son un mal endémico, en otros pronto se llega a una situación de equilibrio entre los clanes dominantes, porque el crecimiento económico hacía que muchos *popolani* nuevos ricos hiciesen coincidir sus intereses con los de los magnates, e incluso que algunos de sus prohombres pasasen a engrosar sus filas. El contrapeso idealizado de estas pugnas civiles consistía en sacralizar el valor de la concordia, como hace en sus frescos Ambrogio Lorenzzeti sobre el *Buen gobierno* de Siena, donde la armonía y la paz reinan en la ciudad y el condado, o como lamenta en sus versos Latini, deseando que sus ciudadanos *(...) todos juntos tiren / de la misma cuerda / de la paz y la concordia.*

Estas nuevas realidades de las comunas italianas bajomedievales dieron paso al fenómeno cultural y político más genérico del Renacimiento. Esa idea de ruptura con la oscuridad del Medievo y de enlace con los clásicos, que un vanguardista coetáneo como Vasari bautizó como *rinascità* y un esteta contemporáneo como Erwin Panofsky como *renacimientos* en plural. La imitación de la antigüedad grecolatina alcanzó todas las esferas de la vida, desde las artes y las letras al derecho y la política, de la filosofía a la vida civil, por lo que son inevitables los paralelismos.

Ahora bien, podemos situar a las tiranías antiguas como la transición entre regímenes aristocráticos y populares, en contraste con el principado moderno como culminación de la decadencia de las ciudades-república. El recurso de unas y otras a la guerra se hacía en aras de la expansión, pero mientras los latinos se quedaban en la rapiña y el botín, los italianos bajomedievales acaparaban mercados. Este norte en su política exterior les permitirá desarrollar todo un arte acerca del gobierno y la agresión.

Apología de la fuerza irracional que enervaba a los humanistas, desde Tomás Moro a Erasmo de Rotterdam, pero que, en cambio, mantenían una especie de doctrina utilitaria de la guerra, en algunos extremos parecida a la disuasión por la fuerza de nuestros días, que les llevaba a justificar el recurso a las armas en defensa propia o para liberar a un pueblo subyugado. En este juego de los hijos de Marte tiran los dados la virtud y la fortuna, como refiere el canciller florentino Coluccio Salutati al belicoso Giovanni Acuto:

De entre las cosas mortales, ninguna más incierta que los eventos guerreros, nada más imprevisible, nada que escape más fácilmente a la meditación de los hombres. La victoria no depende ni del número ni de las fuerzas... Nunca debe comenzarse ni declararse una guerra si no nos vemos compelidos por una inexorable necesidad.

Entre los gastos hacendísticos cobran importancia capital los ocasionados por la guerra, pues mientras los sueldos de los funcionarios o las obras públicas aumentaban a un ritmo más o menos pausado, las arcas municipales quedaban exhaustas rápidamente en una crisis bélica espontánea. Y si algo caracteriza a la política exterior de estas comunas en expansión son las fricciones constantes con sus vecinas. Ello entrañaba un riesgo social importante, desde el momento en que los presupuestos extraordinarios salían de contribuciones nuevas o más gravosas, con lo que por vía de miedo al hambre y la ruina o por vía de aumento de la presión fiscal podía llegar la revuelta interna.

De ahí que se prestase particular atención al servicio militar. En principio, los nobles y los ciudadanos prósperos estaban obligados a mantener un caballo para la milicia, recibiendo en caso de guerra un dinero para la manutención y una compensación si resultaba herido o muerto. Los artesanos y las capas populares eran reclutados para las unidades de infantería, aunque el grueso de las tropas procedía de los campesinos del condado junto a una élite de mercenarios, estando muy castigadas las deserciones.

Cuando los paños calientes de la concordia y las buenas intenciones no surtían efecto, Minerva se calaba el casco, las tropas cívicas no daban abasto, y las alianzas coaligadas llamaban a gritos a los condotieros, que acudían más prestos cuanto mayor fuese el peso de las bolsas burguesas.

Los señores de la guerra y las compañías

Con los estertores del Duecento y la congelación de los planes imperiales en el mosaico italiano, la milicia comunal va contando cada vez más con la colaboración de elementos mercenarios, en particular con escuadras de caballería, hasta hacerse imprescindibles y transformar los ejércitos ciudadanos en fuerzas mixtas de unidades cívicas y soldados contratados.

Es así cómo la guerra contendida entre 1275 y 1277, que enfrentó a la familia Della Torre, cuyo jefe era gobernante de Milán, y los exiliados de la capital lombarda, se libra en última instancia entre tropas ecuestres alemanas y castellanas. O cómo el Conde de Narbona, jefe del ejército florentino, cuando obtiene una victoria sobre los aretinos en la célebre batalla de Campaldino (1289), inclina la balanza de la lucha gracias a una compañía de doscientos caballeros franceses.

Todo estaba dispuesto para que el Trecento alumbrase la edad de oro de las *compañías de ventura*. En lo que difieren los tratadistas es en el momento del parto. Michel Mallet lo remonta a las actuaciones de aventureros catalanes en el gozne de los dos siglos. En concreto, cita las figuras de Guillermo de la Torre y Diego de Rat, que participarán en las guerras endémicas entre las comunas de la Toscana.

Las primeras andanzas del entonces soldado De la Torre las documentamos en el año 1277 como un mercenario más contratado por Siena. Sin embargo, en 1279 había ascendido ya a comandante y en 1285 era *capo* de 114 caballeros sieneses, para pasar sucesivamente a luchar en nombre de Bolonia y de Florencia. La compañía que dirigía y en la que él era el único elemento inmutable siempre rondaba el centenar de lanceros, de los que la mayoría eran franceses, seguidos de italianos y españoles, y como miembros más circunstanciales flamencos e ingleses.

En cuanto a su paisano De Rat, le encontramos en 1305 luchando durante ocho años bajo la bandera de Florencia, junto a su grupo de mercenarios reclutados en las ásperas tierras del ducado de Calabria. Esta compañía era más estable y numerosa que la anterior, estando integrada por 300 jinetes y 500 infantes, y con el tiempo se convertirá en un núcleo más del ejército florentino. La fama de su caudillo merecería la inmortalidad en la obra de Bocaccio.

En cambio, Clemente Ancona, en una excelente puesta a punto del tema bélico en el tránsito a la modernidad, cita como primera compañía de ventura la que interviene cuando Ludovico el Bávaro atraviesa los Alpes en 1326, y el fracaso de su expedición se subsume en la crisis del XIV norditaliana. Así, por ejemplo, la compañía de San Giorgio, al servicio de Lodrisio Visconti, exiliado de Milán, toma cuerpo coincidiendo con las copiosas nevadas de 1338-39, acompañadas de carestías y bancarrotas, que arrojan a los desposeídos a la aventura de los caminos. Con 2.500 caballeros alemanes e italianos y 1.000 infantes suizos la bandera mercenaria de San Giorgio campó por sus fueros por la Lombardía hasta que fue destrozada por el ejército milanés en la batalla de Parabiago (1339).

La otra gran unidad coetánea es la del tedesco Werner von Urslingen, la cual nace en Toscana en 1342, coincidiendo con las llamas de una revuelta popular. Lo que hace este caudillo es ir recogiendo veteranos de la guerra librada entre Pisa y Florencia, aglutinarlos con la promesa de un sustancioso botín y con ellos se dedica a asolar el centro de la Península hasta reunir un pingüe capital, con el que retornó a Alemania. Cuando lo dilapide, Urslingen regresará a Italia años más tarde, al servicio de Luis de Hungría, para defender sus pretensiones dinásticas al trono de Nápoles. El hecho es que en el año del Señor y la tragedia de la Peste Negra de 1348 proliferan las compañías por doquier y los protagonistas de las guerras italianas han pasado a ser los soldados de ventura extranjeros.

Estos ejemplos, con independencia de la fecha en que nace el sistema de compañías, nos ponen en la pista de la variedad de fuerzas militares que operaban en la Italia del Trecento. A pesar de ocupar el grueso de las crónicas bélicas del momento, las grandes compañías eran minoritarias, abundando los pequeños grupos de mercenarios de ventura que firmaban contratos temporales con ciudades y pasaban a reforzar sus ejércitos junto a las milicias comunales. Lo que ocurría es que para las campañas de mayor envergadura varias de estas unidades menores se fusionaban en una compañía mayor, pero dejando muy claro en la *condotta* que las responsabilidades bélicas y las ganancias se repartirían con arreglo al aporte de cada una, el rango de los soldados y los servicios prestados. Concluida la empresa bélica, las formaciones volvían a su estructura originaria, pasando las nuevas compañías a nutrirse de los restos de otras formaciones derrotadas y dispersas.

Con la llegada de las treguas y las paces pasa-

Francisco Datini, rico comerciante de Prato, que contó con condotieros a su servicio


FRANCESCO DI MARCO
DATINI

ban a vivir un tiempo de los dineros acumulados, mas cuando éstos comenzaban a menguar no les quedaban más alternativas que buscar una nueva guerra de las muchas que esmaltaban la Península donde medrar, o bien en la espera dedicarse al bandidaje.

Las partidas errantes se multiplicaron con la crisis del siglo XIV, y asimismo sus componentes demográficos, económicos, epidémicos y de conflictividad social. Estos rasgos de fugacidad y alternación de rapiña y batallas confluirán en la compañía de Siena, que actúa en la década de los años 20 al fusionarse un grupo de mercenarios tedescos licenciados por Florencia con una serie de soldados provenientes de la casa Tolomei, y que se dedicará a devastar las campiñas de Toscana y la Umbría. También conocida como compañía de Cerruglio, que era el nombre de la base fortificada donde invernaba, aprovechó la deserción de 800 caballeros del ejército imperial para reforzarse y depositó el mando único en el jefe italiano Marco Visconti. Como hazaña más sobresaliente de sus correrías figura la toma de Lucca después de sucesivos ataques y sitios, procediendo a venderla a los genoveses, pero deshaciéndose una vez repartido el montante de la operación.

Entre 1320 y 1360 actuaron en Italia cerca de 700 jefes mercenarios y más de 10.000 mercenarios a sus órdenes. Todas las comunas combinaban sus milicias vecinales con tropas mercenarias. Las más prestigiosas en la segunda mitad del Trecento, antes de que entren en escena los condotieros, serán las compañías de Moriale y la llamada Blanca.

La primera estaba al mando de Montreal d'Albarno, que sobre todo actuó en Italia central con unos combatientes muy disciplinados y temidos, por lo que muchas ciudades pasaron a pagarles tributos para que no les molestasen. Cuando su jefe muera en una celada tendida por el romano Cola di Rienzo, se hace cargo de la dirección el alemán Conrado di Landau, que pasa a coordinar sus operaciones con las de otra gran fuerza armada, la de Hannekin Bongarten, dedicándose a alquilarse a las ciudades y a cobrar soldadas arbitrarias por su supuesta protección. La derrota en 1358 en sendas acciones firma su sentencia de muerte.

Más importancia táctica tiene la famosa compañía Blanca, también apodada *de los ingleses* por reunir a veteranos de la guerra de los Cien Años, aunque su jefe era el alemán Albert Sterz y muchos de sus soldados eran franceses y tedescos. En realidad era una amalgama de pequeñas compañías que habían operado por su cuenta en el sur de Francia tras la paz de Brétigny (1360), llegaron a Italia al ser llamadas por el marqués de Monferrato y luego se pusieron al servicio de Pisa en su conflagración con Florencia. Sus innovaciones militares contemplaban *la lanza* como unidad de combate, formada por tres personas —dos combatientes y un paje—; el empleo del arco largo, con una potencia y una precisión mayor que la ballesta; el asedio con escalas y lombardas, y el combate en todo terreno o estación ya sea en el crudo invierno ya cabalgando de noche. Si a esto sumamos su



Panorámica de Florencia en el siglo XVI

alto espíritu de cuerpo y su disciplina nos encontramos con una compañía superior a las demás y a las tropas italianas. Por eso no es casual que entre sus filas aparezca como oficial John Hawkwood, el futuro modelo de condotiero, cuyo nombre italianizarán en el de Giovanni Acuto.

Cuando cuarenta años después de su muerte la Señoría de Florencia encarga a Paolo Ucello la elaboración de un fresco que realzase la figura marcial de Acuto, no estaba rindiendo un homenaje póstumo que por una u otra razón se le hubiese retrasado, sino perpetuando su memoria para incentivar a su ejército y capitanes en el pulso que en ese momento mantenía con Milán. La fama de este caudillo la había ganado sobradamente en vida, gracias a sus métodos y estrategia ingleses, a su lealtad y honestidad en contraste con otros condotieros y a victorias tan rotundas como la de Castagnano sobre los veroneses.

Con Giovanni Acuto se inaugura un nuevo tipo de militar profesional. A él le preocupa más su reputación castrense que el dinero, las campañas bien llevadas hasta su fin que el renuncio al combate por sobornos, el respeto de la vida y los bienes de la población civil frente a la persuasión por la masacre y la destrucción. Comienza a cuajar el arte de la guerra en el pensamiento político y las actuaciones bélicas. De resultas, sus soldados obtenían victorias por su mayor preparación y armamento, pero también por su unidad y causa común, y por seguir a pies juntillas la estrategia correcta. Con estos planteamientos los días de la compañía libre e independiente, que cambiaba de amo y de facción a golpe de bolsa, habían tocado a su fin.

Este cambio se opera en Acuto tras sus escaramuzas en la Romaña al servicio del Estado Pontificio. Cuando los Papas retornan de Aviñón y tratan de restablecer su antigua autoridad sobre los territorios de su jurisdicción lo hacen con contundencia. Después del asesinato por las tropas papales de los habitantes de Cesena, Acuto abandona este escenario y se pone a disposición de Florencia, creando una situación inédita, pues es la primera vez que un *jefe* mercenario se liga de forma estable al poder político de una ciudad.

La paridad de los ejércitos mixtos vio cómo retrocedía la milicia cívica y recaía más el peso de la lucha en las bandas mercenarias; y, aunque nunca una fuerza fue desplazada del todo por la otra, sí es perceptible un nexo entre el declinar de las unidades ciudadanas y el surgimiento de los condotieros. Y es que, antes, todas las comunas tenían un enemigo común, mientras que en el Renacimiento la lucha entre cuerpos y facciones hace que cada uno financie sus intereses, puesto que el ascenso al poder de un partido excluía a los otros del juego político, en el que ya no tenía cabida el ejército comunal antiguo por su propia naturaleza.

De resultas, a los municipios, en lugar de enviar emisarios a la caza y recluta de los campesinos del *condado,* les comenzó a resultar más fácil y operativo acudir a los servicios de un intermediario capaz de suministrarles un cuerpo de soldados acostumbrados ya a servir bajo su mando. A esta escuadra se le llamaba *conestabilería* y, por extensión, a su jefe *condestable.* Se trataba de soldados de choque a caballo, que acataban las órdenes de un *Señor de la Guerra,* quien ajustaba el contrato —*condotte*— con las ciudades *ad pacta solita,* esto es, con arreglo a los términos acostumbrados. En estos pactos contractuales se especificaba el monto de la paga y la forma de hacer efectiva la soldada, las armas, armaduras y caballerías aportadas, el socorro a los heridos y el rescate o la compensación en caso de captura en acción de guerra. Había nacido el sistema de condotieros.

Ahora bien, el protagonismo adquirido por los mismos y la sustitución de las antiguas bandas armadas son inseparables de la crisis del feudalismo europeo. En el teatro de operaciones de la guerra hay todo un relevo generacional de actores: el elenco internacional de los Konrad von Landau, Heineken von Baumgarten, Jean de Montreal, John Hawkwood o Albrecht von Sterz, deja paso al cuadro nativo de los Braccio da Montone, Facino Cane, o los Sforza, Piccinino, Gattamelata, Orsini, Colonna y Carmagnola, entre otros muchos. En lo que no se han puesto de acuerdo del todo los historiadores es en la causa del abandono de las compañías de extranjeros y el recurso a las unidades italianas.

En este paso pudo influir la cruzada de la Iglesia contra lo que en su día se llamó *la espada peregrina,* junto al patriotismo de muchos predicadores, literatos como Petrarca —rememoremos su queja: *¿Y hasta cuándo, miserables de nosotros, tendremos que ver que se pide ayuda a los bárbaros para poner el yugo a Italia?*—, programas de algunas revueltas sociales y hasta plegarias de toda una santa como Caterina de Siena. Es un estado de ánimo que reflejan fielmente los duros versos de Dante: *Ay, sierva Italia, morada de dolor, / nave sin piloto en gran tempestad, / no señora de provincias, sino burdel.*

Pero también nos movemos en el contexto de una Europa tensa, metida hasta el cuello en la guerra de los Cien Años, en la que los reinos pugnan desde la periferia frente a las tendencias centrípetas del Imperio. Por eso, hay quien apunta que ante la proliferación de conflictos en el continente, muchos mercenarios extranjeros regresaron a sus países de origen para ponerse a favor o en contra de un determinado noble o soberano. Al tiempo, mientras el cardenal legado Gil de Albornoz intentaba restaurar la autoridad papal en el Estado Pontificio, algunos señores locales se ponen al servicio de la Iglesia, pero otros se rebelan y encabezan bandas errantes, que en breve mudan en compañías mercenarias italianas.

Por estos caminos, la aristocracia armada se convirtió en condotiera, ora por motivos de seguridad política, ora por razones económicas concretadas en un medio de acceso a la riqueza. El ideal caballeresco renació sobre bases distintas a las medievales, puesto que en el Renacimiento el caudillo militar se presenta como un *pequeño príncipe* y la cruzada ya no podía emplearse como reclamo político. Sin embargo, ambos modelos siguen vistiendo a la guerra de color y belleza, música y penachos, y conservan los gestos del heroísmo clásico, cada vez más cargado de ironía; como, por ejemplo, los retos a duelos imposibles que se lanzan Francisco Gonzaga y César Borgia o Carlos V y Francisco I. Si hubo un tiempo en el que los trovadores tejieron al son de sus vihuelas leyendas de caballeros andantes, defensores de causas pobres y damas endiosadas, ahora se elabora un mito del condotiero, de corazón valeroso y cualidades sin par. Esta fama de sus virtudes no siempre fue mera adulación literaria, sino también una propaganda premeditada en la que se relataban las capacidades reales del jefe, a fin de recibir más y mejores ofertas de *condotta.*

La edad de oro de los «condottieri»

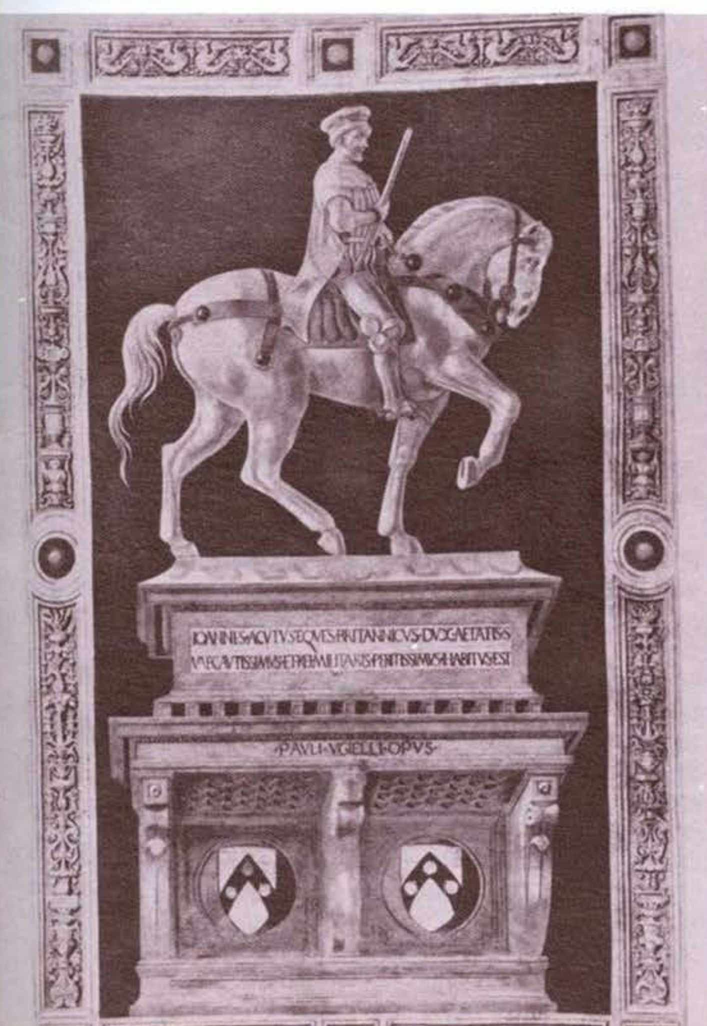
En la década de 1380 se pone fin al sistema de grandes compañías que habían protagonizado el panorama bélico italiano en la Baja Edad Media, tomando su relevo los condotieros que pasarán de su época áurea en el Quattrocento a languidecer en el Quinquecento y fenecer con la irrupción de los ejércitos modernos. Estas mutaciones militares corren parejas a los cambios en los regímenes políticos de los que son deudoras, puesto que el paso de los mercenarios de ventura a los caudillos sujetos a *condotta* se inscribe en el tránsito de las Comunas a las Señorías que sacude a las ciudades italianas del centro y norte de la Península.

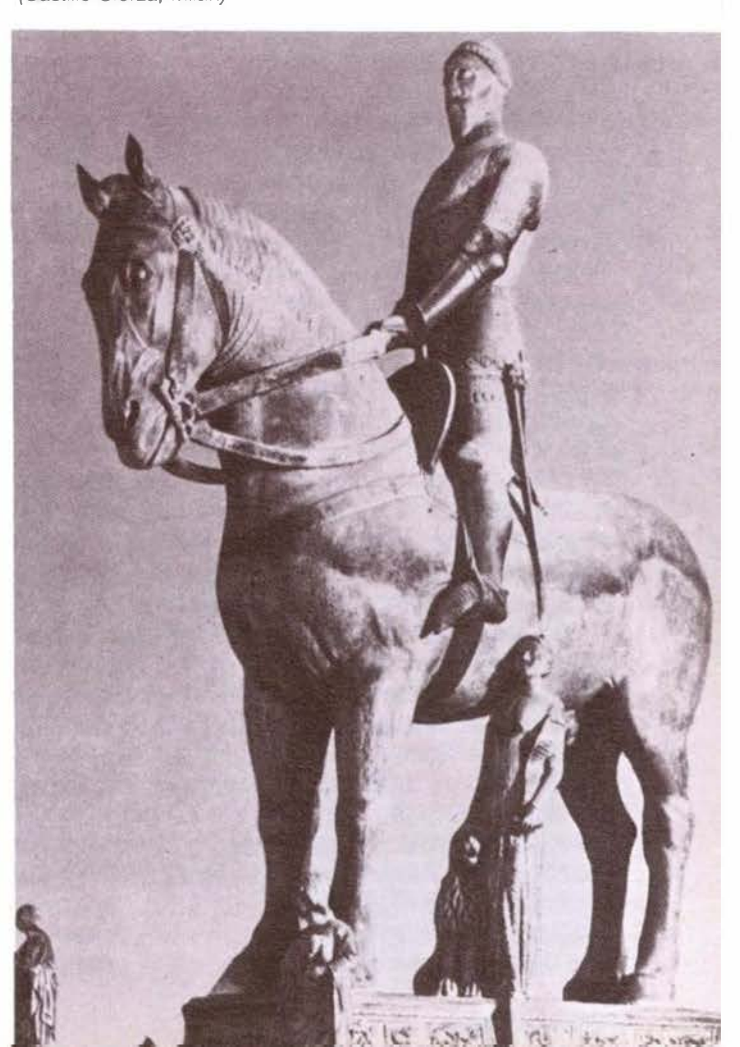
Los soldados que integraban las compañías buscan cada vez más la estabilidad y sus jefes pasan a servir a las ciudades por acuerdos más o menos permanentes. La aparición de personajes como Marino di Alberigo da Barbiano y Aquila di Braccio da Montone, algunos de los primeros condotieros, no se debe a un renacimiento súbito del espíritu marcial italiano, sino a las exigencias políticas de las Señorías recién nacidas. Las más poderosas se hallan inmersas en un proceso de centralización y pretenden ampliar su propio territorio en detrimento de las vecinas, por lo que necesitan un dispositivo de defensa mayor y más estable,





Cuatro condotieros famosos: arriba, izquierda, *Nicola da Tolentino (Santa María dei Fiore, Florencia)*; derecha, *Francesco Sforza (Biblioteca Nacional, París)*. Abajo, *John Hawkwood —Acuto— (por Paolo Uccello, Santa María dei Fiore, Florencia)*; abajo, derecha, *escultura ecuestre de Barnabo Visconti (Castillo Sforza, Milán)*





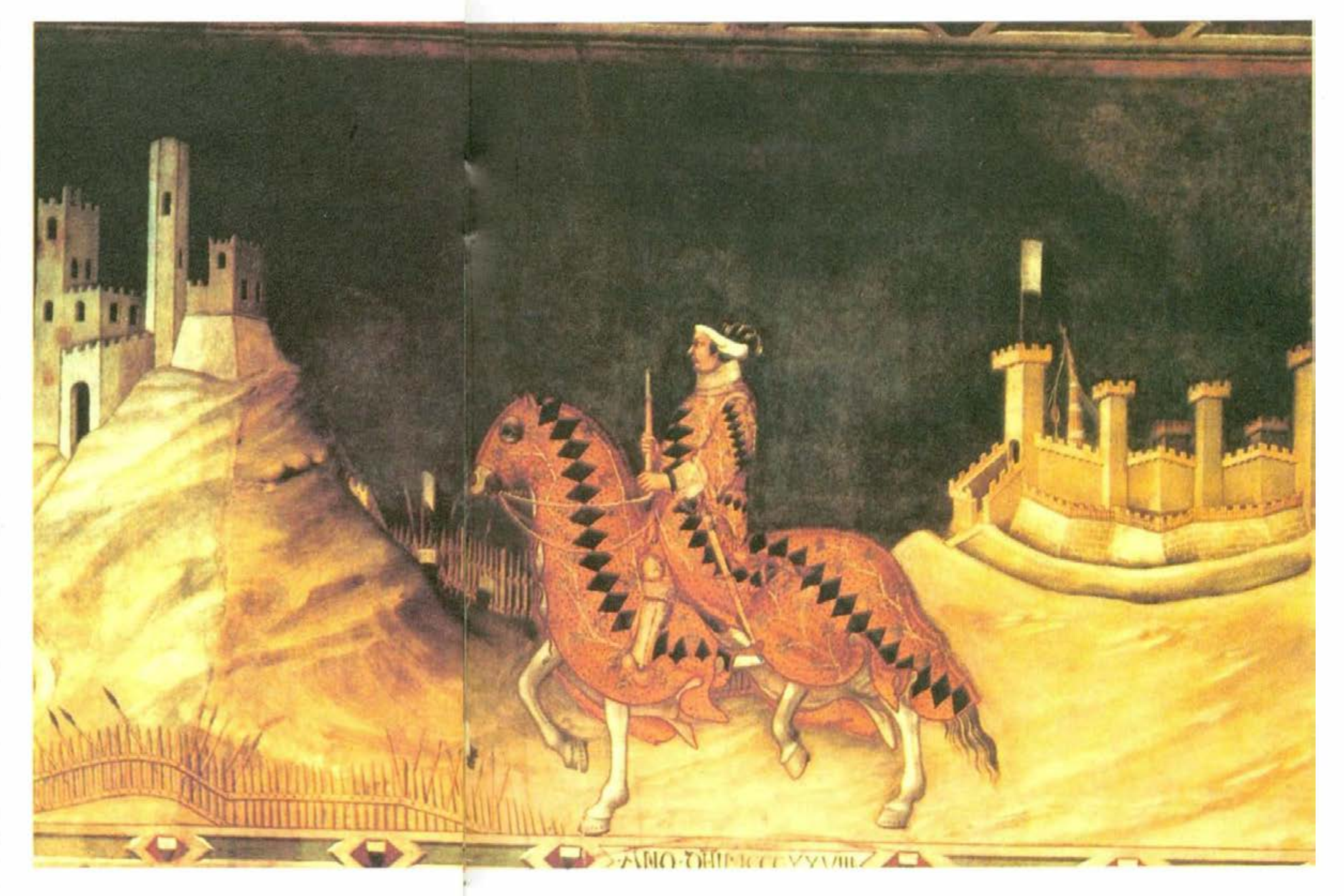
que ya no le ofrecen las compañías de ventura sino el sistema de *condotta*. El lujo de disponer de unas fuerzas armadas permanentes descansará en el mayor peso de la presión fiscal sobre los ciudadanos.

El nuevo rumbo lo marcó Giangaleazzo Visconti, que se apoyará en sucesivos condotieros en su intento de hacer de Milán la ciudad hegemónica de la Italia septentrional, y es que cada ciudad tendrá sus caudillos favoritos y sus relaciones particulares con ellos. De esta forma, en el año 1378 el ambicioso milanés nombra capitán general de sus ejércitos a Jacopo Dal Verme, con una apreciable hoja de servicios e hijo a su vez de un comandante del ejército veneciano. La fama de este *capo* se cimenta en su austeridad y profesionalidad, lejos de los fastos de otros comandantes, lo que le lleva a ganar para Milán y Venecia sonadas batallas en Armagnac, Alejandría y Brescia, donde desarbola al ejército imperial. Como recompensa a tan victoriosas campañas se le dará la ciudadanía de las dos urbes, un castillo y amplias heredades, pero su inquietud bélica le lleva en 1392 a acompañar a Enrique IV de Inglaterra en su peregrinaje por Tierra Santa.

Al Visconti no le quedó más remedio que contratar a otros caudillos por entonces secundarios, pero que se convertirán en los grandes condotieros de la primera mitad del siglo XV, gracias a los cuales Milán pudo mantener su política expansionista. Entre ellos estaban Alberigo da Barbiano, que en las guerras del reino de Nápoles había caído prisionero, por lo que Giangaleazzo pagó su rescate a cambio de que le sirviese durante diez años; Facino Cane, cuya especialidad era la brutalidad deliberada para crear un terror previo y no hallar resistencia, lo que llevaba a efecto mediante operaciones relámpago de su caballería; y Ugolotto Biancardo, que residía en su feudo lombardo y acudía con sus tropas para operaciones concretas.

Por su parte Florencia, la potencia rival de los milaneses, llevaba una política militar distinta. El eje de la misma era encargar la dirección del ejército a un jefe extranjero, pues siendo un italiano podía tener la tentación de hacerse príncipe de la ciudad y contar con cierto apoyo social. Mientras Giovanni Acuto vivió se mantuvo el equilibrio de fuerzas entre las principales ciudades, pero a partir de 1394, las autoridades florentinas se lanzan a una búsqueda desesperada de su sustituto, en un momento en que los mejores condotieros habían sido monopolizados por Milán. La solución momentánea estribó en confiar las tropas al mando del gascón Bernardon de Serres.

En cuanto a Venecia se había lanzado en los primeros lustros del XV a la creación de un dominio en la llamada Tierra Firme, conquistando la comarca del Friuli para asegurar la frontera alpina, Vicenza, Verona y Padua para disponer de plazas fuertes seguras, e Istria para reforzar sus posiciones en la costa croata. Para mantener estas nuevas adquisiciones hubo de crear un ejército terrestre permanente, labor que asumen los hermanos Carlo y Pandolfo Malatesta, que representaban otra variante de



El condotiero Guidoriccio (fresco de Simone Martini, siglo XIV)

condotiero, pues su formación humanista y su papel de mecenas de artistas les lleva a compaginar sus costumbres refinadas con sus ambiciones marciales.

En resumen, todas las grandes ciudades del Quattrocento fueron haciéndose con fuerzas armadas y comandantes permanentes. En el confuso teatro de las guerras civiles italianas los condotieros se convirtieron en los árbitros de la situación, por lo que en la maraña de alianzas y treguas estos caudillos ganan fama de ambiciosos y desleales, capaces de volverse contra la ciudad que les contrató y convertirse en su señor. Con ello no hacían sino seguir las pautas de los príncipes de las Señorías, como los Médici en Florencia o los Sforza en Milán, de aprovechar el sistema electoral y el aparato gubernativo de la época republicana para convertirse en soberanos de sus ciudades.

La recompensa que aquéllas daban a estos mandos militares era en un primer momento material, consistente en la asignación de un palacio o de un feudo en el condado, pero si sus servicios eran dignos de ser reflejados por las crónicas el condotiero muerto gozaba de solemnes exequias y de la eternidad de las estatuas ecuestres. Las relaciones contractuales quedaban fijadas en la *condotta*.

La letra de estos contratos es reveladora de la naturaleza de la guerra renacentista. En principio, la *condotta* militar italiana era en ciertos aspectos análoga a la *intendure* inglesa y a la *lettre de retenue* francesa. La principal diferencia estribaba en que, mientras en Inglaterra y Francia el contrato reclutaba súbditos de la Corona que se obligaban mediante pago a rendir servicios a sus respectivos soberanos, en Italia los soldados podían ser naturales o extranjeros y les contrataban autoridades municipales. El caudillo italiano del Quattrocento era un militar profesional, que dirigía personalmente la compañía, mientras que en Alemania se trataba de intermediarios que reclutaban tropas, pero que no iban con ellas a la batalla.

El modelo de *condotta* más empleado por los especialistas es el que suscribe Michele degli Attendoli, llamado Micheletto a causa de su baja estatura, con el municipio de Florencia; jefe mercenario mitificado a raíz de su victoria en la batalla de San Romano en 1432. Las cláusulas contractuales

más destacables de este documento concreto eran:

1) La fijación del número de soldados que aportaba el condotiero y de sus armas. Si en general se trataba de fuerzas mixtas de lanzas e infantes, el mayor aprecio y peso táctico corría a cargo de los caballeros, auténticas unidades de élite de la época.

2) La duración de los servicios, que el acuerdo desglosaba en dos partes: una llamada *ferma*, o período de prestación pactado, y la otra denominada *di respeto*, en la que los mercenarios seguían sirviendo a la ciudad mientras se negociaba otro contrato. En el Trecento la duración media era de tres meses, acabando las obligaciones con la llegada del otoño, cuando cesaban las operaciones militares. En cambio, en el Quattrocento los pactos llegaban al semestre, y en muchos casos, imitando a Venecia, empezaron a ser renovados por tiempo ilimitado.

3) La soldada de acuerdo al grado militar y a la coyuntura del momento. En la satisfacción de la misma se contemplaban los anticipos —*prestanza*—, para equipar a la compañía y como garantía de buena fe por parte de la autoridad contratante, y solían representar un tercio del total. También se redondeaban los pagos con recompensas en caso de victoria, en forma de dinero o donativo, y de acciones valerosas, como ser el primero en escalar una muralla o capturar al capitán enemigo. Al comandante se le podía gratificar en vida con la cesión de una especie de feudo, o, *post mortem*, con la menos gratificante erección de una estatua ecuestre.

4) Las relaciones del jefe con sus oficiales y soldados, puesto que el acuerdo no sólo regía para las partes de una autoridad pública y un militar de oficio, sino que establecía toda una serie de subcontratos con la jerarquía mercenaria. Esto era más palpable en las grandes compañías, que para una campaña de envergadura podían reunir a varios condotieros bajo una jefatura consensuada, y es que el sistema de relaciones que gobernaba éstas era muy similar al de las compañías comerciales.

5) Las cláusulas complementarias para la resolución del contrato, como el compromiso de no combatir para otros durante esos seis meses, no abandonar el territorio de la república salvo en casos graves y previa petición de salvaconductos, exención de impuestos y peajes, o los acuerdos que atañen al reparto del botín y al rescate de prisioneros.

El tipo más extendido de condotiero no era el de gran capitán, sino que predominaban las pequeñas compañías, de 100 ó 200 lanzas. La formación más típica estaba compuesta por un comandante en jefe, con su compañía personal, que solía ser la más gruesa, y una serie de escuadras menores a sueldo de ese condestable. Por tanto, todo el que podía ofrecer los servicios de su propia tropa era considerado condotiero, ya trabajase para las mayores repúblicas o para mínimas facciones partidistas. Por eso se ha comparado el sistema de condotieros con una especie de mercado de las fuerzas armadas, en el que aquel que disponía de unas fuerzas encuadradas y organizadas podía ser contratado de inmediato por formaciones políticas, mientras que los elementos dispersos y las bandas vagabundas tenían que ponerse a las órdenes de un caudillo mayor para sobrevivir.

En este universo militar también gravitaban los inventores, los arquitectos militares, los expertos balísticos y los artesanos. Es el mundo plasmado en los dibujos de Alberti y las máquinas de guerra de Leonardo. Ello es consecuente con la renovación renacentista, en la que las técnicas y los conocimientos surgen entre los sectores sociales más dinámicos, como son los grupos que alientan la llamada cultura mercantil. La mejora de la información y el nuevo instrumental económico corrió parejo a las innovaciones en armamentos. Aparece la moderna artillería, en la que las primitivas bombardas, que disparaban balas de piedra con una trayectoria circular, dejan paso a los primeros cañones con balas de bronce, tiro rectilíneo e impacto superior. Además, gracias a las cureñas, las piezas no sólo se utilizan para el asedio, sino también como baterías móviles. La aplicación de la pólvora a un tubo de metal se dio en los cañones y en las armas individuales, resultando decisiva en la lucha de los europeos con pueblos de otros continentes. La consecuencia es la desaparición de las antiguas fortificaciones a base de muros de piedra, en favor de los bastiones y glacis de ladrillo que absorben mejor los proyectiles. Estamos a un paso del nacimiento en el Quinquecento del baluarte y la *trace italienne*, cuyo primer ejemplo lo ofrece Verona en 1527, y que invertirá las tácticas defensivas en detrimento de las ofensivas.

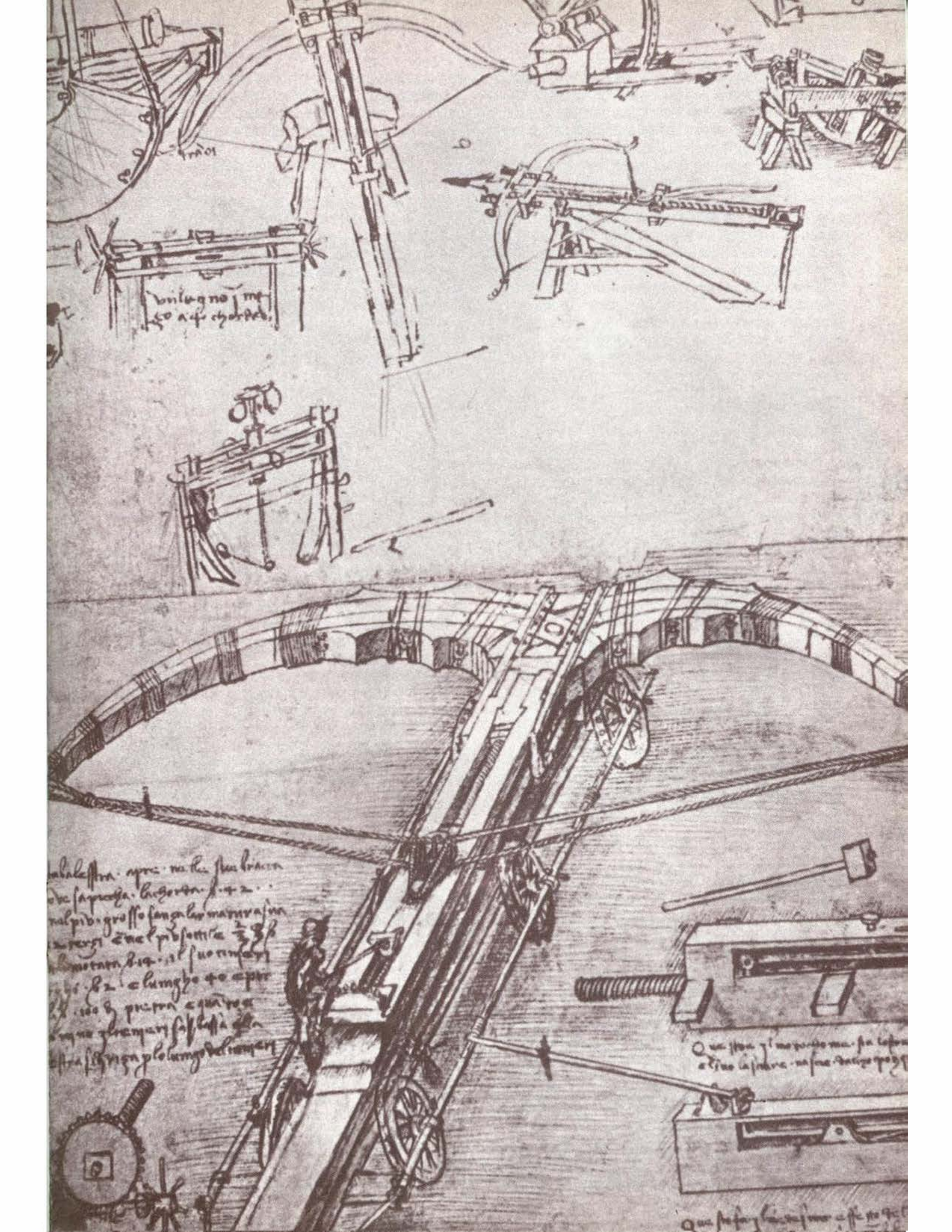
Entre tanto, las fuerzas de los condotieros superaban en complejidad a las de otros mercenarios europeos y a las milicias cívicas —comprendían lanzas, picas, ballestas, escopetas, artillería ligera móvil y caballería acorazada de choque—, y permitían mantener la autoridad ciudadana sobre el condado, al controlar todos los castillos y enclaves estratégicos.

No obstante, hubieron de afrontar su primera prueba de fuego en las postrimerías del siglo XV, cuando un conflicto de magnitud internacional librado en suelo italiano puso por primera vez en entredicho el sistema condotiero. La política imperial de Maximiliano y las intrigas políticas del papa Inocencio VIII, las ambiciones geoestratégicas de los monarcas franceses y españoles, confluyen en un enfrentamiento europeo en la Península. Los objetivos reales de captar el comercio mediterráneo y acaparar el abastecimiento de cereales de los graneros sicilianos, se enmascaran tras argumentos banales como el inicio de una Cruzada más, o hacer valer razones de herencia.

En el fondo se estaba quebrando la tradicional política de buenas relaciones entre Castilla y Francia, porque los Reyes Católicos llevarán a cabo un

---

Una de las máquinas de guerra dibujada por Leonardo da Vinci: La gran ballesta



despliegue diplomático a base de enlaces matrimoniales, tendentes a la unión con Portugal y al cerco del reino francés, y los monarcas de este último no disimulaban sus aspiraciones expansionistas sobre los territorios de Milán y Nápoles.

El caso es que una expedición francesa al mando de Carlos VIII invade Italia en 1494 con la disculpa de acudir a paliar el peligro turco, y, gracias a su superioridad militar sobre las tropas comunales que le salieron al paso y a su alianza con el duque milanés Ludovico Sforza el Moro, conquista el reino napolitano y acarrea el derrumbamiento de muchos gobiernos municipales, entre ellos el de la Florencia medicea. Es entonces cuando Fernando de Aragón envía a sus ejércitos y funda la Liga Santa con las principales potencias europeas e italianas. Las tropas españolas, al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, vencerán reiteradamente a los franceses y les obligarán a replegarse a sus bases originarias al otro lado de los Alpes.

Pero lo que más nos interesa resaltar es el fracaso de los condotieros ante estos nuevos ejércitos europeos, que convirtieron Italia en un área de experimentación de las nuevas técnicas bélicas y en el banco de prueba de las respectivas capacidades militares de los reinos en contienda, mientras que el de los caudillos italianos había demostrado ser un potencial bélico limitado y de ámbito regional.

El mundo de los condotieros y el de la caballería acorazada tradicional entran en crisis al mismo tiempo. Las armas de fuego empezaron a demostrar su eficacia contra la caballería tradicional y los ingenios para derribar muros y puertas. La crisis del feudalismo hace perder a la nobleza el monopolio de la fuerza. En el siglo XVI, los nuevos ejércitos pasarán a fundamentarse en una infantería de extracción plebeya, adiestrada colectivamente, encuadrada en compañías más o menos permanentes, y al servicio de las monarquías absolutas o de los principados urbanos. En las ciudades del centro y norte de Italia había triunfado el régimen político de las *Signorie,* y éstas se plegaban a los intereses imperiales.

El ajedrez italiano

En términos generales, cuando se ha trabajado en la historia de la guerra italiana del momento, los investigadores —en su mayoría militares— han caído en la glorificación de los caudillos y de sus heroicas empresas patriotas. En ese sentido se ha venido presentando sólo la cara de una moneda, la del condotiero triunfante, la del laureado Francesco Sforza o el afamado Colleoni, ignorando o eludiendo el contexto histórico en el que vivieron. En este ensayo hemos querido huir de esta deformación romántica y castrense, en aras de un análisis más global de los mercenarios y el mundo que los genera y, a la postre, los licencia.

Las guerras del Renacimiento contemplaban pocas batallas. Las campañas consistían más en una presión militar de las tropas al servicio de una ciudad sobre el condado o sobre otra urbe vecina. Las operaciones las ejecutaban mercenarios y las padecía la población civil. Esa labor sucia del condotiero es la que ha permanecido más oculta tras los fastos de las estatuas y la épica.

El Cinquecento es testigo de la dura pugna hispano-francesa por el control de la península itálica. Se enfrentan dos ejércitos diferentes: el francés, salido de la guerra de los Cien Años, cuya unidad táctica era la lanza o caballería pesada, y el hispano, con compañías de piqueros y tiradores, junto a una caballería ligera adiestrada en la guerra de Granada. Luchan dos monarcas poderosos con distinta concepción del poder y visiones geoestratégicas divergentes. Unos y otros harán del suelo italiano el tablero de ajedrez donde se juegue la partida más emocionante del siglo.

De forma paralela, el sistema comunal italiano se ha fragmentado hasta límites insospechados, verificándose el ascenso al poder de las Señorías, que en un paso más darán lugar a Principados, en los que el *pueblo* que había sido elector se convierte en súbdito, y el señor elegido en soberano.

La lucha entre familias urbanas en el seno de las oligarquías llevará a esas fuerzas populares a apoyar a condotieros o a poderosos feudatarios en la toma del poder. Una vez instalados en el mismo, gracias al dominio que ejercían sobre las tierras del contorno, que les proporcionaban tropas y rentas, adaptaron el aparato militar a las nuevas necesidades de la guerra. Mas su oscura legitimación soberana, su origen aventurero y gobierno tiránico, imposibilitó a estos príncipes nuevos crear un régimen político moderno.

El proceso presenta distinta cronología urbana. La toma de Milán por los Visconti a fines del siglo XIII convirtió a la ciudad lombarda en uno de los principados más estables y poderosos, y a su región agrícola en una de las más ricas. Toscana aguantará durante el siglo XV, aunque los Médicis prepararán el camino mediante una dictadura hereditaria, e incluso la Roma de Julio II aproximó la monarquía papal al sistema de principados. Sólo se registraron las excepciones de las repúblicas marítimas: Génova, en manos de un patricio mercenario, y Venecia, controlada por la camarilla de la *serrata.* Las ciudades-república tocaban a su fin como entidades con autonomía política de las grandes potencias europeas.

De nuevo en los primeros compases del siglo XVI Luis XII de Francia vuelve a la carga en sus aspiraciones dinásticas sobre el ducado de Milán, con una campaña plagada de derrotas ante las tropas españolas, que a la postre incorporarán Nápoles a la corona de Aragón y se convertirán en dueñas de la situación. Mas todo fue una tregua fugaz, suscrita en tratados que pronto fueron papel mojado ante la reanudación de las hostilidades, cuando Francisco I y Carlos I presenten su candidatura al trono imperial alemán. A partir de aquí se abrirán nuevos frentes de batalla y la cuestión italiana inspirará el sistema de alianzas europeas en el futuro.

Quizás estemos en presencia de la última *con-*

Erasmo de Narni, condotiero conocido como Gattamelata (por Donatello, Padua)

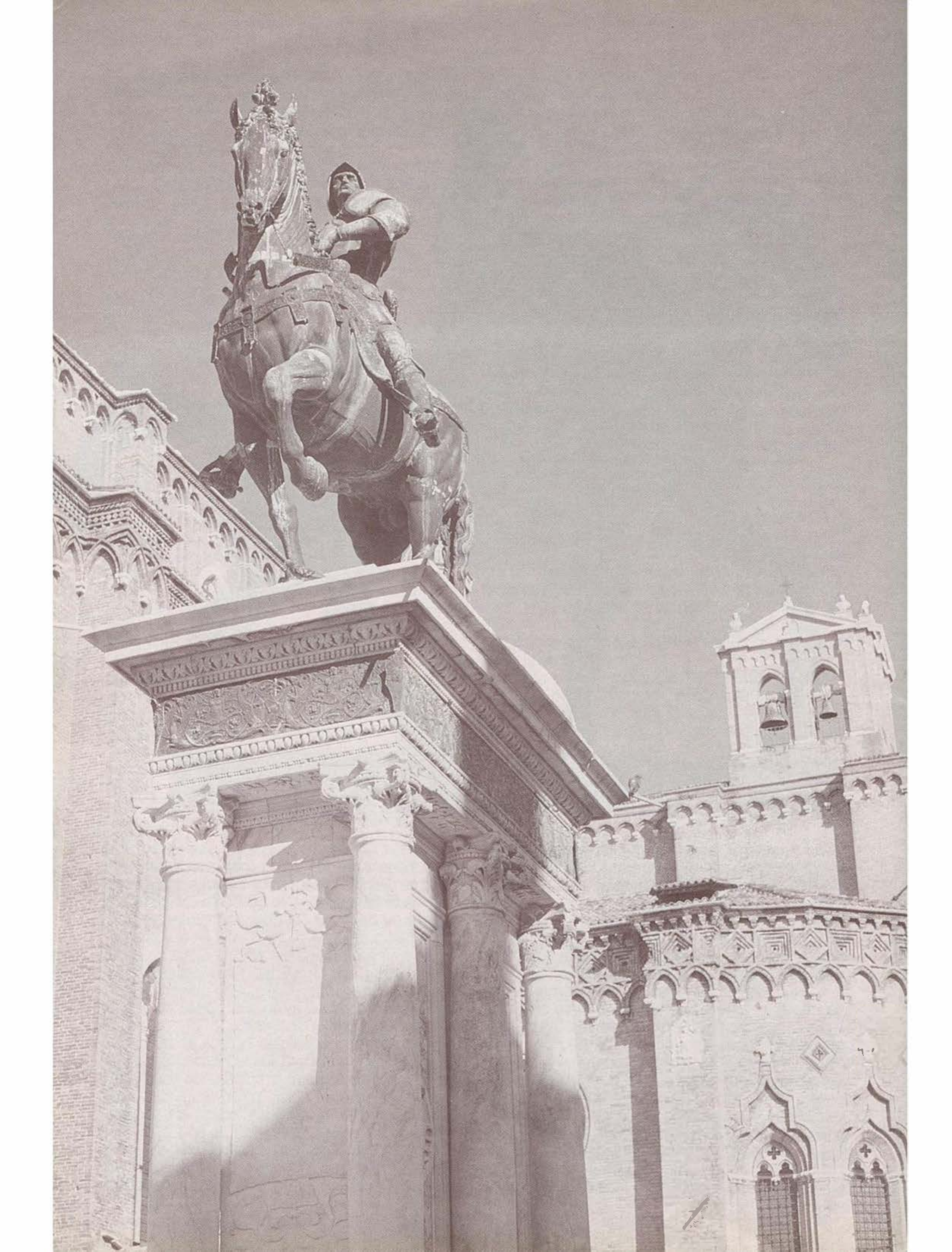


dotta al analizar el contrato que en 1528 suscriben el emperador Carlos V y Andrea Doria en nombre de Génova. Este último, que había sido hasta entonces un almirante más al servicio de la causa imperial, no sólo pone a su disposición las galeras y su autoridad como condotiero, sino que entrega la ciudad casi en calidad de feudo, lo que confiere una gran originalidad a este documento.

Lo que Vicente de Cadenas ha llamado una *infeudación de Génova,* presentaba como cláusulas más sobresalientes el compromiso carolino de reintegrar a la ciudad la totalidad de sus legítimos territorios y reinstaurar el sistema republicano tradicional, y, aunque ésta se acogía a la protección imperial, como contrapartida sólo contribuiría en la medida de sus posibilidades fiscales. A cambio, el almirante estaba obligado a acudir con doce galeras y su correspondiente dotación artillera y marinera al lugar y contra el enemigo que se le mandase, y la ciudad pasaba a integrarse en el sistema de alianzas italianas del Imperio que se organizaba.

De manera que los viejos condotieros han visto cómo se desnaturalizaban sus contratos clásicos al calor de la Italia sumida en los conflictos europeos y cómo su papel de caudillos todopoderosos declinaba en el de unos oficiales más en el engranaje de los ejércitos modernos. Andrea Doria no es ya el mercenario que ofrece sus servicios a una ciudad, sino el mercader de la guerra que entrega su ciudad al emperador, en lo que puede ser considerada una *condotta* de Estado.

Es en esta nueva realidad política en la que Nicolás Maquiavelo elabora sus teorías legitimadoras del poder real y anticipa la práctica de las monarquías modernas. En obras como *El Príncipe* o *El arte de la guerra,* Maquiavelo repasa los tipos de príncipes que hay en la Italia de su época, las formas de acceder y mantenerse en el poder, los vicios y las virtudes del gobernante, pero, en lo que atañe a nuestro tema, clama contra los mercena-



rios extranjeros en una afirmación plagada de patriotismo y de republicanismo nostálgico:

Las (armas) mercenarias son inútiles y peligrosas. Si un príncipe apoya su Estado con tropas mercenarias, no estará firme ni seguro nunca, porque ellas carecen de unión, son ambiciosas, indisciplinadas, infieles, fanfarronas en presencia de los amigos y cobardes contra los enemigos, y que no tienen temor de Dios, ni buena fe con los hombres. Si uno, con semejantes tropas, no queda vencido, es únicamente cuando no hay todavía ataque. En tiempo de paz te pillan ellas; y en el de guerra dejan que te despojen los enemigos.

Sin embargo, en su discurso hay una cierta confusión entre la naturaleza de los mercenarios extranjeros, contra los que iban sus más aceradas invectivas, y los condotieros italianos, cayendo en su propia celada argumental, pues estos últimos podían justificarse desde el momento en que aceptaba que los aventureros llegasen a príncipes por *virtù* o azar.

De nuevo tenemos en danza a las fuerzas del bien y al desgarro del mal, aunque a estas alturas sean simbolizadas por los tratadistas políticos, o por las manos escultoras de Vicenzo de Rossi en su *Hércules matando a Diomedes*. Con los condotieros se produce la derrota definitiva de la caballería, de sus ideales de vida sublimados y de sus conceptos de la virtud. Autores del XVI como Pulci, Boiardo y Ariosto ya habían tratado con burla la magia de las historias caballerescas. Era llegado el momento de tomar con ironía a los paladines y caudillos de pies de barro.

Europa se embriagaba de una estética manierista que ideológicamente correspondía a los valores ascendentes de la burguesía mercantil. Los poetas de la transición al Barroco, los excelsos Cervantes y Shakespeare, dieron fe de la agonía del caballero andante mediante la metáfora del anacronismo histórico y la bandera del mejor humor. El condotiero renacentista invernará hasta que el romanticismo, los nacionalismos y el fascismo lo resuciten como caudillo ideal del Imperio irrecuperable. Mas estas reencarnaciones siempre respondían como la figura etérea y disciplinada de Agilulfo, *El caballero inexistente* de Italo Calvino, cuando el rey le preguntaba cómo se las arreglaba para prestar sus servicios en la guerra: *¡Con fuerza de voluntad y fe en nuestra causa!* Y con imaginación, mucha imaginación...

Colleoni (por Verrocchio, Venecia)

Bibliografía

Los tratamientos más acertados del mundo de los condotieros, que tratan de huir de las biografías para situarlo en su contexto histórico, son los libros de Mallet, Michael, *Signori e mercenari. La guerra nell'Italia del Rinascimento*. Bologna, Il Mulino, 1974, el clásico Taylor, F. L., *The Art of War in Italy, 1494-1529*, Cambridge, 1921; y la excelente síntesis de Ancona, Clemente, «Milizie e condottieri», en *Storia d'Italia. I Docimenti*, 5, Torino, Einaudi, 1973, pp. 643-665. Los aspectos diplomáticos quedan cubiertos con el tradicional trabajo de Mattingly, Garret, *La diplomacia del Renacimiento*, Madrid. Instituto de Estudios Políticos, 1970. Los acercamientos al tema han sido muy numerosos entre la historiografía anglosajona, bien mediante obras generales, como la de Hale, J., *Renaissance War Studies*, 1983, bien referidas a repúblicas concretas, como las de Bayley, C. C., *War and Society in Renaissance Florence. The «De Militia» of Leonardo Bruni*, Toronto, 1961; Waley, Daniel, *The Army of the Florentine Republic from the Twentieth to the Fourteenth Century*, 1968, y Mallet, M., y Hale, J, *The Military Organization of a Renaissance State. Venice, c. 1400 to 1617*, Cambridge Univ. Press, 1984. Entre los nacionales citaremos a Pieri, P., *Rinascimento e la crisis militare italiana*, Torino, 1970, y a Lenzi, M. L., *La Pace Strega. Guerra e società in Italia dei XIII all XVI secolo*, Siena, 1988.

La evolución de las comunas a las señorías puede seguirse a través de Waley, Daniel, *Las ciudades-república italianas*, Madrid, Guadarrama, 1969; Ercole, F., *Dal comune al principato*, Firenze, 1929, y las páginas que Anderson, Perry, dedica a Italia en *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979. El marco general se halla en Tenenti, Alberto, *La formación del mundo moderno*, Barcelona, Crítica, 1985, y Delumeau, Jean, *L'Italie de Boticelli à Bonaparte*, Paris, Armand Colin, 1974. Las relaciones entre paisaje y guerra se esbozan en las obras de Fumagalli, Vito, *Las piedras vivas. Ciudad y Naturaleza en la Edad Media*, Madrid, Nerea, 1989, y *Uomini e paesaggi medievali*, Bologna, Il Mulino, 1989, y el criterio defensivo en el urbanismo en Muratore, Giorgio, *La ciudad renacentista*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1980. Los aspectos económicos figuran en Cipolla, Carlo, M. (ed.), *Historia económica de Europa*, Barcelona, Ariel, 1979. Los culturales, en el excelente libro de Panofsky, Erwin, *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*, Madrid, Alianza, 1975.



Palacio castrense del legado pontificio, Siena

Los condotieros

Textos

CUADERNOS historia 16

Las «consorzerie» entre familias

JURAMOS ayudarnos unos a otros sin engaño y de buena fe (...) con nuestra torre y casa comunal y juramos que ninguno de nosotros actuará contra los demás directamente o a través de un tercer partido. Si esta torre es necesaria para cualquiera de los jurados para sus propósitos (...) los demás se comprometen a entregarle torre y casa y a ayudarle y no oponérsele. Los asuntos relativos a la construcción de la torre se solucionarán por decisión de dos hombres elegidos entre los jurados, los cuales tienen que decidir de buena fe lo que sea mejor en interés del linaje que presta este juramento. Los jurados están obligados a que sus hijos (si tienen) presten un juramento similar antes de llegar a la edad de quince años, o bien a partir de un mes desde que sean requeridos o dentro de los límites que los rectores fijen. Si se presenta algún desacuerdo entre los jurados, los rectores deben llamar a las partes en desacuerdo dentro de los treinta días para llegar a un acuerdo: los últimos deben aceptar la decisión de los rectores. Ninguno individualmente debe hacer ninguna compra en relación con la torre; todos deben ser consultados en relación con esta compra y cualquiera que desee tomar parte en ella tendrá su parte, aunque las partes de los que no quieran participar en ella pertenecerán a los que sí quieran. *(Juramento prestado por los miembros de una* consorzeria *creada en Bolonia en 1196. Cit. por F. Niccolai,* I consorzi nobiliari ed il comune nell'alta e media Italia, *Bolonia, 1940, pp. 147-52).*

Item, si sucediere que uno de nosotros recibe un ultraje u ofensa de manos de cualquiera, entonces cada uno de nosotros está obligado a ayudarle, defenderle y vengarle con su propia propiedad y persona, como si la ofensa se le hubiere hecho a él mismo...

Item, si cualquiera de nosotros tiene un pleito ante el tribunal con cualquier persona poderosa... el resto de nosotros debe acompañarle, ayudarle y aconsejarle como verdaderos familiares y hermanos y consortes, si el que tiene el litigio lo requiere...

Item, si cualquiera de nosotros es condenado por cualquier causa proveniente de nuestros intereses o de acciones llevadas a cabo por orden o decisión de nuestros árbitros, todos nosotros debemos pagar la multa conjuntamente, siendo calculada la parte correspondiente a cada uno de acuerdo con la estimación de sus impuestos... *(Estatutos de «consorzeria». En F. Niccolai, op. cit., pp. 164-169.).*

Las formas de la guerra: las torres

LOS Volta y su partido construyeron un arma nueva y muy poderosa. Dirigieron una espingarda de madera contra la torre de Oberto Grimaldi y la torre nueva de Oberto Spínola. Así, a la vista de todos, hicieron un agujero en la nueva torre de Bulbunoso, que está en la encrucijada de San Siro. Con lo que destruyeron la mayor parte de la torre y la derribaron. Entonces llegaron los hombres del tribunal del arzobispo y armaron una *máquina* en el huerto de San Siro con la que lanzaban muchas piedras contras las casas y torres de Oberto Grimaldi y de la familia Spínola. Luego levantaron otras máquinas y el otro bando construyó también muchas máquinas y disparó muchas piedras contra las casas y torres del otro partido. (Crónica de Benjamín de Tudela sobre una *vendetta* en Génova en el año 1194. Cit. por Daniel WALEY, *Las ciudades-república italianas*, Madrid, Guadarrama, 1969, pp. 176-7).

Los Negros habían fortificado la torre de los hijos de messer Iacopi, la cual hacía gran daño a los hijos de messer Ranieri. Y los Blancos habían fortificado la casa de messer de Lazzari... Esta casa causaba gran daño al partido Negro con ballestas y piedras, y no les per-

mitía estar en la calle para combatir. Viendo los Negros que así los atacaban los infantes que estaban en aquella casa, Vanni Fucci con unos compañeros suyos dio la vuelta a la casa y la atacó con ballestas y la venció con el fuego, e incendiada por un lado entraron por el otro. La gente que estaba dentro empezó a huir, y los otros les siguieron, hiriéndolos y matándolos, y robaron la casa... y cada uno volvió a su morada. Aquel día el honor quedó de la parte Negra. *(Luchas entre Blancos y Negros en Pistoia. En D. WALEY, op. cit., p. 177.)*

Las compañías de ventura

HABIA en Italia por aquel entonces muchos soldados ingleses, alemanes y bretones, en parte traídos por los príncipes que en épocas diversas habían llegado a Italia, y en parte enviados por los pontífices cuando se encontraban en Aviñón. De estos soldados se valieron durante mucho tiempo los príncipes italianos para sus guerras, hasta que apareció Ludovico de Cunio, de Romaña, y formó una compañía de soldados italianos, que llevaba el título de San Jorge. Su valor y su disciplina arrebataron bien pronto la fama de los ejércitos extranjeros, devolviéndosela a los italianos, de quienes se sirvieron luego los príncipes de Italia para sus mutuas luchas. *(Nicolás MAQUIAVELO, «Historia de Florencia», 1520, Libro I, XXXIV).*

La intención de quienes promueven una guerra ha sido siempre, y es lógico que así sea, enriquecerse ellos y empobrecer al enemigo; y la única razón por la que se busca la victoria y se anhelan las conquistas es el acrecentar el propio poderío y debilitar al adversario. Síguese de aquí que, si alguna vez la victoria lo empobrece a uno o las conquistas lo debilitan, han quedado rebasadas o no alcanzadas las intenciones de la guerra emprendida.

(...) Dichos soldados (los de las antiguas y bien organizadas repúblicas) habían llevado el oficio de la guerra a unos extremos, que lo mismo el vencedor que el vencido, si querían hacerse obedecer de sus tropas, precisaban siempre de nuevos dineros, éste para rearmarlas y aquél para premiarlas. Y si los vencidos no podían volver a la pelea si no se les proveía de caballos, los vencedores no querían hacerlo si no se les daban nuevas recompensas. De aquí se seguía que el uno poco podía gozar de su victoria y el otro poco tenía por qué sentir su derrota; el vencido estaba siempre a tiempo para rehacerse y el vencedor no tenía posibilidad de prolongar su victoria. *(N. MAQUIAVELO, «Historia...», Libro VI, I.)*

La condena de la guerra por los humanistas y sus contradicciones

LOS utópicos detestan la guerra como cosa de animales, aunque sea menos frecuente entre las fieras que entre los seres humanos, y, en contraposición a la mayoría de los países, opinan que no hay nada más deleznable que la gloria conquistada por ese medio.

A pesar de las opiniones, se preparan asiduamente en la disciplina castrense, tanto los hombres como las mujeres, con el fin de hallarse dispuestos para cualquier circunstancia que aconsejara el uso de las armas.

No entran en conflicto por fútiles razones, sino para defender sus fronteras, sin más motivo que el de expulsar a los invasores de un país aliado, o para liberar a un pueblo que haya caído en el tiránico yugo o en la esclavitud. *(TOMAS MORO, «Utopía», Basilea, 1518, Capítulo VIII, «Del arte de la guerra».)*

¿No es acaso la guerra la semilla y el origen de las hazañas más celebradas? ¿Pero hay algo más descabellado que lanzarse a una lucha de este tipo sean cuales sean las razones, si las partes en contienda sacan siempre más daño que provecho? De los que caen, *ni una palabra,* como sucedió con las de Megara. Y después cuando se enfrentan los ejércitos armados, y *resuena la ronca música de las trompetas,* ¿para qué, decidme, sirven esos sabios cargados de problemas, cuya sangre fría y sin vida apenas si les mantiene en pie? Jóvenes robustos y sanos es lo que necesitamos para el caso. Hombres llenos de audacia y con un mínimo de seso. Siempre habrá, por supuesto, quien prefiera a Demóstenes, que siguiendo el ejemplo de Arquíloco apenas divisó al enemigo tiró el escudo y huyó: ¡Tan poco valiente soldado como brillante orador!

Se dirá que las guerras las gana el talento y el juicio. Cierto, si se trata del general, que ha de tener un talento militar, no filosófico. Por lo demás, sabido es que hazañas tan preclaras no las realizan las lumbreras de los filósofos. Son más bien obras de parásitos, rufianes, ladrones, sicarios, villanos, desaprensivos, deudores y toda esa ralea humana. *(ERASMO DE ROTTERDAM, «Elogio de la locura», 1515, capítulo 23.)*

Mal asunto y un gran mal es situar en el gobierno del Estado a personas que no le gustan al pueblo, que no sean del agrado de la multitud. No debe elevarse a las tareas de gobierno al incapacitado, a quien no sepa ayudar a la patria con sus consejos. Es preciso desembarazarse de los sediciosos y violentos, de gentes que, en lugar de promover la utilidad común, sean temidas por los ciudadanos. *(Carta de Coluccio Salutati a Perugia, en 1384, disertando sobre las características del buen gobierno. Cit. Eugenio Garin, «La revolución cultural del Renacimiento», Barcelona, Crítica, 1984, p. 87.)*

La tiranía de los déspotas

LOS crímenes de los déspotas estorban siempre y empañan no pocas veces las virtudes de los hombres buenos. Sus placeres se hallan en discordancia con los preceptos de la moral. Devoran las riquezas de sus súbditos. Sienten aversión por los hombres que dentro de sus dominios acreditan sabiduría y grandeza de alma. Menoscaban con sus impuestos la riqueza de los pueblos que gobiernan. Sus irrefrenables placeres nunca se ven saciados, y sus súbditos tienen que sufrir todos los ultrajes y las ofensas que su fantasía les dicta, de tiempo en tiempo. Pero como la violencia de la tiranía se halla de manifiesto ante la vista de todos por estas y muchas otras atrocidades no necesitamos enumerarlas de nuevo. Basta con destacar un rasgo, en apariencia extraño, pero en realidad harto familiar. Porque, ¿puede haber algo más extraordinario que ver a príncipes de antigua e ilustre prosapia humillarse al servicio de los déspotas, a hombres de alta alcurnia y de nobleza consagrada por el tiempo frecuentando sus mesas y aceptando sus gracias? *(GIOVANNI VILLANI, «Crónica florentina», Año 1346, Libro VI, Capítulo I.)*

¡Dichosos los reinos donde un hombre de corazón abierto y sin tacha dicta la ley! ¡Desventurados, en cambio, y dignos de piedad aquellos en los que imperan la crueldad y la injusticia y donde cargas todavía mayores y más pesadas gravitan sobre el pueblo, impuestas por tiranos como los que ahora abundan en Italia, cuya infamia será recordada a través de los años venideros con el mismo

horror que la de un Calígula o un Nerón! *(ARIOSTO, «Cinque Canti», II, 5, Año 1530.)*

Retrato de algunos condotieros

FALSO e implacable (Gian Galeazzo Visconti), unía a su desmedida ambición el genio de la empresa y a su inconmovible tenacidad una timidez personal que no se molestaba en encubrir. El menor movimiento inesperado que se producía junto a él le llevaba a un verdadero paroxismo de terror nervioso. Ningún príncipe ha empleado tantos soldados para guardar su palacio ni tomado tantas ni tan variadas precauciones inspiradas por el recelo. Parecía considerarse como el enemigo del género humano. Pero los vicios de la tiranía no habían hecho mella en su gran capacidad. Sabía invertir sin prodigalidad su inmensa fortuna; sus finanzas fueron siempre florecientes; sus ciudades hallábanse bien guarnicionadas y avitualladas; su ejército, bien pagado; todos los capitanes aventureros desperdigados por Italia cobraban pensiones de su erario y estaban dispuestos a enrolarse de nuevo bajo sus banderas cuando se les llamase. Estimulaba a los guerreros de la nueva escuela italiana y sabía bien cómo distinguirlos, recompensarlos y ganar su afecto. *(SISMONDI, «Historia de las Repúblicas italianas», vol. I, p. 190.)*

Era un hombre (el marqués de Pescara) cuyas grandes dotes militares no pueden negarse; pero extraordinariamente orgulloso, envidioso, desagradecido, avaricioso, maligno, cruel y carente de religión y humanidad, nacido para desventura de Italia; y bien puede afirmarse que a él debe una gran parte de los males que ha padecido y todavía padece este país. *(FRANCESCO VETTORI, «Sommario della Storia d'Italia dal 1511 al 1527», pp. 358-9.)*

El juicio de Maquiavelo

TRAS lo cual (la formación de las compañías de los Sforzeschi y los Brancceschi) vinieron todos los demás que en nuestro tiempo han capitaneado los ejércitos mercenarios. La consecuencia de su valor ha sido que Italia se viera asolada por Carlos VIII, saqueada por Luis XII, oprimida por Femando V e insultada por los suizos. Su método consistía en realzar la reputación de su caballería a costa de su infantería. Careciendo de Estados propios y haciendo de la guerra un comercio, unos cuantos soldados de a pie no les daban fama, y carecían de recursos para sostener a muchos. De aquí que se limitaran a pelear con tropas de a caballo hasta el punto de que ejércitos de 20.000 hombres no contaran ni con 2.000 infantes. Además, empleaban todo su talento en relevarse a sí mismos y en descargar a sus soldados de toda fatiga y todo peligro, absteniéndose de matar a los enemigos y limitándose a tomarlos prisioneros para dejarlos luego en libertad sin rescate. Se abandonaron los ataques nocturnos y las salidas... No defendían los campamentos con trincheras, ni acampaban en invierno. Una organización militar en la que existían tales cosas inventadas para eludir trabajos y peligros, según antes he dicho, han traído a Italia a ser esclavizada y escarnecida.

Pero aún son peores las tropas auxiliares, como las francesas tomadas en préstamo por César Borgia, las españolas, enroladas por Julio II. Quien desee verse incapacitado para ganar la partida, no tiene más que emplear estas fuerzas, las cuales son todavía más peligrosas que las mercenarias, ya que la causa de la perdición a que

conducen está patente en estas tropas, unidas entre sí e inclinadas siempre por la voluntad de obedecer a su propio señor. *(NICOLAS MAQUIAVELO, «El Príncipe».)*

En una palabra, las armas que se toman prestadas de otros no sirven más que para asaltar por la espalda a quien las emplea, para doblegarle bajo su propio peso o para entorpecer su acción.

(...) El príncipe, por tanto, no debe tener más mira, más pensamiento ni más arte que uno: el arte de la guerra. *(NICOLAS MAQUIAVELO, «El arte de la guerra».)*

La paz en las guerras civiles

FUERON leídas las capitulaciones de paz (en Siena, en 1494), que ocupaban ocho páginas, seguidas de un juramento verdaderamente temible, lleno de maldiciones, imprecaciones, excomuniones, invocaciones de males, renuncias a beneficios temporales y espirituales, confiscación de bienes, votos, promesas y muchas otras amenazas que ponía espanto en el ánimo escuchar, *et etiam que in articulo mortis* el alma de quien rompiese las dichas capitulaciones de paz no podría acogerse para su salvación a ningún sacramento, sino entregarse a la eterna condenación, hasta el punto de que yo, Allegretto di Nanni Allegretti, que estaba presente, puedo asegurar que nunca había sido pronunciado ni escuchado juramento tan horrible y espantoso. Después, los notarios del Nove y del Popolo, situados a ambos lados del altar, estamparon sobre el papel los nombres de todos los ciudadanos, quienes juraron sobre el crucifijo, pues a cada lado del altar había uno, besándose por parejas los de las facciones enemigas, mientras las campanas atronaban el espacio y se entonaba el *Te Deum laudamus,* con los órganos y el coro. Todo esto sucedía entre la una y las dos de la mañana, bajo el resplandor de muchas antorchas. Quiera Dios que esto traiga realmente la paz y la tranquilidad para todos los ciudadanos, lo que mucho dudo. *(«Crónica» de Allegretto di Nanni, Cit. V. Muratori, vol. XXIII, p. 890.)*

El candotiero Francesco Sforza

Fue el de 1444 al 1454 el último decenio de la fluidez peninsular, de la lucha continuada entre coaliciones constantemente cambiantes a lo largo y a lo ancho de la península. Y fue el último decenio de experimentación con la nueva técnica de la representación diplomática permanente. El último uso importante del viejo resorte italiano de la gente semioficial también tuvo lugar en este período y fue Francesco Sforza, el postrero de los tiranos de antiguo cuño en fundar una dinastía de relieve, quien lo utilizó. Antes de terminar el decenio en cuestión habían proliferado tanto los nuevos embajadores oficiales con residencia que sólo faltó una paz general para su difusión por toda Italia.

Las crisis diplomáticas de esa década giraron todas, de una forma o de otra, en torno a la accesión al poder de Francesco Sforza, y sus agentes se contaron entre los diplomáticos más activos del momento. Cada una de tales crisis estuvo vinculada de algún modo a las oportunidades que se le ofrecían de realizar la suprema ambición de todo gran condotiero, llegando a hacerse con el poder. Sforza puso su mira en Milán. A sueldo del Duque de Milán, primeramente, y luego de sus enemigos, se labró una especie de pequeño principado en los Estados Pontificios y contrajo matrimonio, con algo de la solemnidad de una alianza entre soberanos, con Bianca, la hija

natural de Filippo María. Pero sus éxitos despertaron los recelos no tan sólo del Papa Eugenio IV, de quien era vasallo, sino de su suegro el Visconti y del terrible amo de Rimini, Sigismondo Malatesta. En 1455 se coaligaron los tres con Nápoles para expulsar a Sforza de sus posesiones en los Estados Pontificios. Una de las consecuencias de esta liga forma parte de la historia de las Embajadas residentes. Venecia apoyó a Sforza, y el Papa, encolerizado, declaró la guerra a la Serenísima y ordenó a su representante residente que se retirase. Milán aprovechó la coyuntura. El duque envió a su secretario, Marcolino Barbavara, a Roma como Embajador residente suyo, dando así un paso más en la expansión del nuevo sistema.

Sforza se encontró en apuros y cedió ciudad tras ciudad, viéndose reducido a una posición defensiva y perdedora. Su única esperanza radicaba en el apoyo de Venecia y Florencia, y, sin el auxilio de sus esfuerzos coordinados, hubiese de seguro seguido la suerte de otros «condottieri» demasiado ambiciosos. Cabe únicamente conjeturar que la estrecha vinculación diplomática de las dos grandes repúblicas en esa ocasión podría haberse debido al influjo de Sforza sobre su viejo amigo Cosme de Médicis. Lo único que nos consta, sin embargo, es que Sforza, en su afán de comprometer a sus aliados en una acción a fondo, y en su preocupación, mayor aún sin duda, de tener inmediata noticia de cualquier signo de abandono por parte de cualquiera de ellos, despachó a principios de 1446 sendos agentes diplomáticos semioficiales que establecieron su residencia respectivamente en Venecia y en Florencia. De los agentes enviados a Venecia sólo sabemos que, en efecto, actuaron, hasta agosto de 1447 por lo menos, como canal de comunicación entre Sforza y la Señoría.» GARRET MATTINELY *«La diplomacia del Renacimiento,* Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970, págs. 144-146.)

Las guerras de Italia

Habían puesto a Italia en tal situación los que la gobernaban, que, cuando por acuerdo entre los príncipes se lograba una paz, inmediatamente se veía ésta perturbada por quienes tenían siempre las armas en las manos; de modo que ni se ganaba gloria con la guerra ni se conseguía sosiego con la paz.

Así, cuando en el año 1433 se llegó a una paz entre el duque de Milán y la liga, los soldados, que preferían seguir guerreando, dirigieron sus armas contra la Iglesia.

Había entonces en Italia dos bandos en armas: el de los Braccio y el de los Sforza. El jefe de éste era el conde Francisco, hijo de Sforza; y capitanes del otro bando eran Nicolás Piccinino y Nicolás Fortebraccio. Casi todos los demás bandos armados de Italia estaban aliados con uno u otro de estos dos. De ellos, el que más prestigio tenía era el de los Sforza, tanto por el valor personal del conde como por la promesa que le había hecho el duque de Milán de darle como mujer a su propia hija natural, madonna Blanca, ya que la perspectiva de este parentesco le proporcionaba gran lustre.

Después de la paz de Lombardía, estos bandos armados, cada uno por motivos diversos, atacaron al papa Eugenio. Nicolás Fortebraccio lo hacía por la vieja enemistad que había tenido siempre Braccio con la Iglesia; en cuanto al conde, era la ambición la que lo movía. Y así, mientras Nicolás atacaba a Roma, el conde Sforza se adueñaba de las Marcas. A consecuencia de todo ello, los romanos, que no querían guerras, echaron de Roma a Eugenio.

Este, huyendo entre peligros y dificultades, se refugió en Florencia. Pero aquí, considerando el peligro en que se hallaba y viéndose abandonado por los príncipes, los cuales no estaban dispuestos a volver a empuñar por él las armas que tan a gusto habían dejado, firmó un acuerdo con el conde y le cedió el señorío de las Marcas, a pesar de que el conde había añadido el escarnio a la ofensa de haber ocupado ya aquellas tierras, pues, en las cartas que dirigía a sus agentes, al indicar en latín el lugar desde donde las escribía, según se acostumbraba a hacer en Italia, él ponía: *Ex Girfalco mostro Firmano, invito Petro et Paulo.* Y no se contentó con que se le cedieran dichas tierras, sino que pretendió ser nombrado gonfalonero de la Iglesia, cosa que consiguió. Hasta ese punto prefirió el papa Eugenio una paz vergonzosa a los peligros de una guerra.

Convertido así el conde Sforza en aliado del papa, pasó a atacar a Nicolás Fortebraccio, produciéndose entre ambos y en tierras de la Iglesia, durante muchos meses, diversos choques, que causaron más daño al papa y a sus vasallos que a los mismos contendientes. Estos, por intermedio del duque de Milán, acabaron acordando una tregua, gracias a la cual uno y otro se quedaron en posesión de tierras que eran de la Iglesia.

Terminada la guerra en Roma, volvió ésta a encenderse en Romaña por culpa de Bautista de Canneto. Este, tras haber asesinado en Bolonia a algunos miembros de la familia Grifoni, echó de la ciudad al gobernador pontificio y a otros enemigos suyos; y, decidido a adueñarse por la fuerza de aquel Estado, pidió ayuda a Felipe Visconti. El papa, a su vez, para vengar aquel atropello, pidió por su parte auxilio a los venecianos y a los florentinos. Uno y otro recibieron los auxilios solicitados, con lo que inmediatamente se encontraron en Romaña dos gruesos ejércitos.

Capitán de las tropas de Felipe era Nicolás Piccinino, mientras que los soldados venecianos y florentinos estaban a las órdenes de Gattamelata y de Nicolás de Tolentino. La batalla se dio en las inmediaciones de Imola, y en ella quedaron derrotados los venecianos y los florentinos y cayó prisionero Nicolás de Tolentino, que fue enviado al duque de Milán y murió a los pocos días, quizás por felonía del duque o quizás por el dolor de la derrota sufrida.

Lograda aquella victoria, el duque, o porque se sentía agotado por las pasadas guerras, o porque pensaba que los coaligados no se moverían tras la derrota sufrida, no se decidió a sacar más provecho de su buena fortuna, con lo que dio tiempo al papa y a los coaligados para reunir de nuevo sus fuerzas. Estos eligieron como capitán al conde Francisco Sforza y emprendieron la tarea de echar de las tierras de la Iglesia a Nicolás Fortebraccio, tratando de poner así fin a la guerra que en favor del pontífice habían comenzado.

Los romanos, al ver las fuerzas con que contaba el papa, trataron de llegar a un acuerdo con él, cosa que lograron aceptando un comisario pontificio.

En cuanto a Nicolás Fortebraccio, éste era ya dueño, entre otras poblaciones, de Tívoli, Montefiascone, Citta di Castello y Asís. En esta última ciudad se había refugiado Nicolás al no poder continuar la campaña; y allí lo asedió el conde Sforza.» (NICOLAS MAQUIAVELO, *Historia de Florencia,* Lib. V.)